

SELECCIÓN DE RELATOS CORTOS

# EL VERBO DESNUDO

2021-2026



ASOCIACIÓN DE AMIGOS  
DE LA PLAYA NUDISTA CANTARRIJÁN





# EL VERBO DESNUDO

SELECCIÓN DE RELATOS CORTOS 2021-2026



## ÍNDICE

PRESENTACIÓN..... 4

### RELATOS 2021

EL DESCENSO ..... 6

LA DESNUDEZ DEL ALMA ..... 8

RESPIRAR ..... 9

DES ..... 15

DONDE EL CORAZÓN TE LLEVE..... 16

NACHO PARA LOS ÍNTIMOS..... 20

ANDA JALEO ..... 24

### RELATOS 2026

EL COMIENZO ..... 30

CARMEN ..... 32

MI PARAISO..... 38

EL MAPA DE MI PIEL ..... 41

MÁS ALLÁ DEL ADIÓS ..... 46

LA NIÑA DE MIS OJOS ..... 55

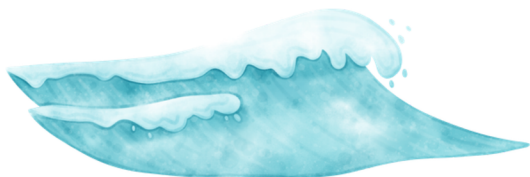
JARTARSE ..... 62

EL EMBRUJO EN EL PECHO ..... 66

NUNCA SE HABÍA SENTIDO TAN FELÍZ..... 72

LA TOURNÉ..... 75

DESNUDANDO ABRILES..... 79





Todos sabemos que existen lugares que no basta con describirlos: hay que sentirlos. Lugares donde el tiempo se detiene, donde nos evadimos de esa tediosa rutina que a veces nos atenaza, donde la piel respira sin miedo y donde cualquier mirada aprende, poco a poco, a despojarse de aquellos prejuicios que se han ido adquiriendo al dejar atrás la inocencia de la niñez. Cantarriján es uno de ellos. Un rincón suspendido entre vetustos acantilados y un mar eterno que, más allá de su belleza natural, se convierte en el refugio de algo mucho más profundo: la autenticidad.

Este libro nace precisamente de esa esencia. De la vivencia compartida de la desnudez entendida como la presencia plena de nuestro ser. Presencia del cuerpo tal como es, diverso, imperfecto, real. Presencia de la libertad que surge cuando dejamos de escondernos. Presencia de la conexión con la naturaleza y con los demás, sin barreras que atenacen.

Las páginas que siguen reúnen una selección de relatos cortos surgidos de dos convocatorias —la primera en 2021 y la más reciente en 2026— que han sabido recoger el alma de Cantarriján a través de múltiples voces. Son dieciocho historias escritas por amigas y amigos cantarrijanos, por amantes de este lugar, por personas que han querido capturar en palabras lo que allí se vive y se siente. Cada relato es distinto, como lo son quienes pisan su arena: hay emoción, nostalgia, descubrimiento, humor, introspección... y, en todos ellos, el latido de un único corazón.

Este libro no pretende explicar Cantarriján, porque Cantarriján no se puede explicar: se tiene que experimentar. Pero con esta selección sí queremos acercarte a su espíritu, a través de relatos que son pequeños universos donde el mar, la luz y la piel se entrelazan con la memoria y la emoción.

Quizás, al recorrer estas páginas, sientas algo parecido a lo que se vive al bajar por el sinuoso camino que conduce a la playa: una mezcla de expectación y calma, de apertura y descubrimiento. Y tal vez, sin darte cuenta, también tú te despojes de algo —aunque sea por un instante— para quedarte un poco más cerca de lo esencial.

Bienvenidos a Cantarriján. Bienvenidos a estas historias nacidas del amor, la libertad y la verdad de ser, simplemente, nosotros mismos.



RELATOS  
2021

## EL DESCENSO

Antes de iniciar el descenso se detuvo unos minutos a contemplar la inmensidad azul que parecía acunada entre los verdes acantilados.

Desde allí arriba su mirada podía recorrer el impresionante paisaje que se extendía ante ella, la naturaleza se exhibía en todo su esplendor, en toda su gama de colores más puros, verdes arboledas e imponentes rocas recorrían el litoral contrastando con el transparente color aguamarina de las serenas aguas.

Cerró un instante los ojos para sentir como el sol acariciaba su rostro, inspiró profundamente y permitió que la salina brisa la inundara.

"Es verdad que parece un paraíso" -se dijo a sí misma, apartando un mechón del oscuro y ondulado cabello que el viento había hecho caer sobre sus profundos ojos de mar. Lo había pensado mucho antes de que llegara ese momento. Lo imaginó de mil formas y siempre terminaba convenciéndose de que no tenía ninguna necesidad, eso del nudismo no era para ella.

No se consideraba capaz de mostrarse desnuda delante de sus amigas o amigos, tal vez con alguna de sus hijas o con alguna de sus mejores amigas, pero a ninguna de ellas había logrado convencerlas para que la acompañaran en esa pequeña aventura y al final se decía que era tan solo un capricho, que si no lo había hecho cuando era joven y su cuerpo estaba en pleno esplendor no lo iba a hacer ahora que el tiempo y la maternidad habían dejado en él su huella.

Pero sabía que en el fondo solo eran sus miedos e inseguridades que le impedían disfrutar de la vida en toda su plenitud, en realidad nada tenía que ver tener un cuerpo más o menos bonito, de lo que se trataba era de conseguir relajarse y disfrutar del entorno, fundirse con la naturaleza y el mar, sin ataduras.

Teresa tomó aire hasta llenar sus pulmones e inició el descenso.

Mientras recorría el sendero entre las rocas recordó las palabras de una de sus mejores amigas a la que había tratado de convencer para que la acompañara en esa nueva experiencia, "uf, a mí eso no me gusta, enseñarlo todo.." su amiga Susana, poeta, que enseñaba el alma a cada rato... "pero eso es diferente, no tiene nada que ver" –le decía para que la dejara en paz con eso-.

Susana era una de sus mejores amigas, la conoció en uno de esos recitales de poesía en los que se había iniciado también en un momento de su vida en el que se empezaba a permitir ser ella misma. La escritura había sido su forma de expresarse cuando la vida se le volvía demasiado inhóspita y dolorosa, sin embargo, la había enterrado muy adentro, mientras se dedicaba a las tareas que socialmente se suponía debía cumplir para ser una persona "normal", cosa que nunca había llevado bien. Después de años cumpliendo su rol de hija, esposa, madre y mujer trabajadora y autosuficiente llegó el divorcia y fue entonces cuando se permitió empezar a ser ella misma.

Volvió a escribir y conoció otros mundos, otras historias que le devolvieron la ilusión y también la desilusión.

Encontró que no es oro todo lo que reluce y que alrededor de ese otro mundo que ella creía más auténtico ya que se rodeaba de personas que en teoría desnudaban su alma, en el fondo era otra forma de camuflaje, otros actores, en otros escenarios, con los mismos miedos, prejuicios y egos camuflados de sensibilidad.



## LA DESNUDEZ DEL ALMA

Siempre me había sentido un alma libre. Un alma capaz de viajar a cualquier sitio, aunque no fuera físicamente. Un alma que se miraba al espejo y no solo veía la piel.

Piel... eso que simplemente nos cubre el cuerpo. (Qué importancia le da la gentel Pero si solo es una parte más del cuerpo. Nunca lo podré entender. Cuando miro a alguien, veo su alma, no su piel, por eso mismo soy nudista. La ropa, al igual que la piel son solo algo que llevamos puesto pero que no nos define ni nos marca.

Un verano quise probar. Mi pareja ya lo era y fuimos a la Playa de Cantarriján.

Nada más llegar su naturaleza me conquistó.

Sus árboles y los animales me cautivaron y el silencio y la paz me embaucaron. "Estoy en casa", pensé. Me quité la ropa y la piel y paseé mi alma hasta la orilla para jugar con los peces.

"Qué maravilla", las palabras venían solas a mi cabeza. Me senté en las piedrecitas y dejé que las olas me mecieran.

Mi pareja se acercó a mí y me sonrió. No hacían falta las palabras. Me dio la mano y nos metimos en el paraíso cristalino, dejándonos rodear de la fauna marina.

La sensación de libertad nunca había sido mayor. A mí, un alma libre, la naturaleza me demostró, una vez más, que vivir alma con alma junto a ella solo nos hace sentir paz.

*Lady*



# RESPIRAR

Mi familia había arrendado un apartamento en el Sur, en un pequeño pueblito de la costa de Granada, para pasar las vacaciones de aquel verano del 82.

Recuerdo el viaje en coche desde Madrid en aquel flamante Fiat Panda que mi padre acababa de comprar, con mis dos hermanos y yo afinados en la parte de atrás y un minúsculo maletero hasta arriba de cosas.

Con mis diecisiete años recién cumplidos, aguantando a dos críos pequeños que siempre se estaban peleando y con todos mis amigos lejos de allí, los días se me hacían eternos y terriblemente aburridos. Decidí entonces emplear mi tiempo en disfrutar de la naturaleza, dar largos paseos a través de los montes cercanos y retener en mi memoria todos aquellos escenarios agrestes y llenos de verde que tan poca ocasión tenía de ver en Madrid.

Así es como llegué por primera vez a una cala que yo, por aquel entonces, creía escondida.

Bordeando los imponentes acantilados que se perfilaban por toda la ribera y a los que me había aficionado en recorrer casi a diario durante aquellas primeras calurosas semanas estivales.

Desde arriba, veía a personas disfrutando del baño y docenas de sombrillas de todos los colores posibles, casi a pie de orilla.

Estando muy cerca ya del arenal, y mirando más donde ponía los pies que otra cosa, escuché que alguien llamaba mi atención.

- Perdona. ¿hola?.

Bajé la cabeza para asegurarme que esa voz se dirigía a mí.

- ¡Hooooola! - me dijo ésta vez más efusivamente y saludando con la mano.

En ese momento, casi me quedé petrificado, pues efectivamente la voz pertenecía a una chica y se estaba dirigiendo a mi. Una chica completamente desnuda.

- Perdona, ¿puedes ayudarme?. Hacia tu izquierda está mi toalla. Anoche se la llevó el viento. ¿puedes alcanzarla tú desde ahí?.

Casi sin apartar la vista de las rocas que tenía delante y ni tan siquiera mirar a donde me estaba indicando, asentí con la cabeza. Exhalé por unos instantes y me giré para ver una gran toalla azul enganchada en unas ramas. Me acerqué y tiré de ella hasta que se soltó. Me detuve unos instantes con la toalla en mi mano y torneé el rostro hacia la chica.

- Oh, ¡gracias! – dijo aplaudiendo con júbilo - ¡Bájamela, por favor!.

Recompuse mis pensamientos como pude e inicié el descenso con el corazón a mil por hora, a sabiendas de que ella estaría esperándome abajo y...desnuda.

Cuando llegué, extendí mi brazo hacia ella con la toalla y la chica me dio un enorme e inesperado abrazo. Aún recuerdo cómo me empezó a arder la cara y a sentir que las orejas se me ponían rojas de acaloro.

- ¿Cómo te llamas?. Yo soy Sara. ¿Qué hacías por ahí arriba? ¿De donde vienes? Ven, que te presentaré al resto del grupo.

Me sentí apabullado con tantas preguntas a la vez, y sólo respondí a una de ellas.

- Me llamo Manu – acerté a decir, mientras miraba hacia la playa. Y para que lo hice.

Esforzándome en desviar la mirada de la chica desnuda, que ahora sabía que se llamaba Sara, me encontré de frente a otros chicos y chicas que se acercaban hacia donde estábamos nosotros, tan desnudos como lo estaba Sara.

Mi contemplación del entorno fue más allá para descubrir que, bajo esa hilera de sombrillas que había visto desde arriba, había más gente desnuda. Y qué del mar, salían y entraban esas personas que también vi, desde mi cómoda lejanía, como se bañaban y que ahora, más de cerca, comprobé que lo hacían sin llevar bañadores ni biquinis puestos.

Tierra trágame – pensé.

Sara empezó a presentarme al corrillo de amigos desnudos que comenzaba a formarse.

- Este es Mateo – me anunciaba mientras él me daba cordialmente la mano – Ella es Charlotte. No habla mucho español pero es majísima – decía Sara mientras recibía dos besos y un “bonjour” de Charlotte – El de la guitarra ahí sentado se llama Louis, y es su pareja... – explicaba mientras el propio Louis levantaba su mano saludándome.

Y así me presentó ante, al menos, media docena más de afables y simpáticas personas que no llevaban nada encima.

Creo que durante un buen rato no acerté a pronunciar mucho más allá de síes y noes a las preguntas que me hacían: “¿Vienes desde La Herradura atravesando el monte?”, “¿Eres de por aquí?”, “¿Conocías ya la playa?”.

Amablemente me ofrecieron algo de beber, pues pensaron que tras la caminata y el descenso entre los riscos estaría sediento y algo cansado.

Acabé sentado en la orilla, bebiéndome una Mirinda bien fría, junto a otros siete u ochos chicos y chicas, desconocidos para mi e intentando no prestar atención a algo que a mi me daba mucho reparo. Su desnudez.

Parecían tan alegres disfrutando de la playa que no sentían su desnudo como algo extraño, como yo sí hacía. A fin de cuentas, mi familia era muy tradicional en cuanto al tema de los cuerpos desnudos. Nunca había visto a mi madre en paños menores. Y a mi padre, como mucho, ocasionalmente embutido en unos clásicos calzones blancos que ahora serían, sin lugar a dudas, una prenda vintage.

Jamás había visto a otras personas desnudas, más allá de las que, en otro contexto distinto, salían en las revistas que escondía bajo el colchón de mi cama.

En un momento determinado Mateo, el chico que me presentó a mi llegada, me preguntó:

- ¿No te desnudas?.

Yo dije que no, que no solía desnudarme con tanta gente delante. En realidad, nunca lo había hecho ante nadie.

- ¿En serio? – dijo extrañado – ¿No haces naturismo?.

Era la primera vez en mi vida que escuché eso de “naturismo”. Mateo, Sara y Charlotte, en un español bastante bueno pesé a lo que decía Sara, me intentaron explicar en que consistía eso del naturismo.

Me hablaron de un sentimiento de libertad incomparable, de lo cómodo y práctico que era estar desnudo en lugar de usar ropa de baño, de la normalidad y de la naturalidad de estar sin llevar nada puesto cuando no hay necesidad de hacerlo. Y muchas cosas más por el estilo.

Una mujer de mayor edad, que estaba cerca de nosotros, nos miraba y asentía con conformidad a lo que ellos me explicaban.

- Mara, que estás muy callada – dijo Sara dirigiéndose a la mujer – ¿Tú por qué te desnudas? ¿por qué eres nudista?.

La mujer, dibujó una enorme sonrisa en su rostro. Y tras unos segundos, en los que parecía estar pensando, sólo dijo:

- Para respirar.

Y todos, en un silencio de aprobación, levantaron su bebida para brindar por ella.

Estuve con mis nuevos conocidos “nudistas” un buen rato más, algo que sin duda me sirvió para sentirme mucho más calmado, pero se hacía tarde y les dije que tenía que volver a casa.

- ¿Volverás mañana? – Me preguntó Mateo.

- No lo sé. Tal vez. Ya veré si puedo – contesté yo.

- Si lo haces, aquí estaremos. Pero intenta venir por el otro lado, que hay carretera y es más fácil.

- ¿Carretera? - indagué.

- Si, puedes bajar desde el pueblo. Sólo sigue la vereda y verás una señal que pone Cantarriján, Playa naturista. No tiene pérdida – me dijo él.

Asintiendo, me despedí de ellos marchándome de aquella mágica cala por el mismo lugar por donde había accedido.

Aquella noche, ya en casa, pensé mucho en ese encuentro inesperado y en lo cómodo que en realidad había estado junto a ese grupo de personas desnudas, aún sin estarlo yo. A la mañana siguiente, me sorprendí a mi mismo cogiendo la bici y dirigiéndome de nuevo a esa playa donde conocí a los naturistas, pasando así a ser diarias mis visitas a Cantarriján desde aquel día.

Aprendí mucho de mis nuevos amigos. Empecé a mirar a los ojos y a conocer el inmenso universo interior que tiene cada persona y no a sus fachadas externas, a ver más allá de la ropa y a no prejuizar a nadie por como visten o no, a sentir que no había zonas de nuestro cuerpo prohibidas o que deben estar ocultas, a comprender que lo inmoral no está en mostrarse desnudo, sino en los ojos con los que alguien lo mira.

Mis camaradas nudistas ya se habían acostumbrado a verme junto a ellos vestido y lo veían tan normal como yo verlos a ellos en su natural estado de desnudez.

Un día, que recuerdo de manera muy vívida, llegue a la playa y mientras hablaba con ellos y soltaba mis cosas en la arena, sin darme cuenta, me había quitado toda la ropa. Mi cuerpo había reaccionado de manera instintiva y relajada a despojarse de las vergüenzas y los tapujos sociales que había (mal)aprendido desde mi infancia.

No fui consciente de mi plena desnudez hasta que Sara, entre perplejidad y entusiasmo, me habló:

- Manu...¡no me lo creo! - dijo sonriendo - ¿Qué haces.

Yo, tras mirarme de arriba abajo y empezar a reír de pura felicidad, contesté:

- ¡Respirar!.

*Argos*

# DES

**Despierto desnudo deslizándome despacio con desánimo.**

Tras el **desayuno despliego** el cuerpo hasta **desperezarme** bajo la ducha.

**Descubro** la **desapacible** mañana que el sol intenta **descubrir** con sus rayos.

La **desidia** se transforma cuando **después** de un rato me distraigo con la **despegada** silueta de mi compañero.

**Despistado** corro **despeinado** al salir a **destiempo**.

En la Playa Naturista de Cantarriján, miles de **desconocidos** nos damos cita.

**Desplegado** ante nosotros la **desnuda** cámara situado en la **descomunal** elevación.

La **desgarbada** silueta del fotógrafo nos **descubre** la razón de nuestra cita.

“**Desnudando** almas” es el título de esta obra que esta **destacada** artista quiere **desarrollar**.

Un **desierto** de almas de todos los sitios nos **despelotamos** y ofrecemos nuestros cuerpos **desprovistos** de ropa.

**Despacio** continuamos con nuestro **descaro** que se antoja hoy más **deseado**.

La sesión nos **despide** **descorazonados**.

Tenemos que volver a la **desangelada** realidad donde el **desnudo** es una **desvergüenza** para la sociedad.

*Pimpilipauxa*



# DONDE EL CORAZÓN TE LLEVE

En una mañana de un fin de semana de junio comienza mi historia.

Amanece en el Paraíso, este es, junto al atardecer, el mejor momento del día.

Hace una temperatura muy agradable, antes de que llegue el calor del mediodía. La playa está muy tranquila, aún hay pocos indicios de la humanidad, y se puede disfrutar del silencio y de los sonidos de la naturaleza. La dulce melodía de las tranquilas olas, el olor a mar, las gaviotas sobrevolando el cielo, los primeros rayos de Sol... Todo respira armonía y paz. Las cabras montesas bajan hasta la misma playa en busca de alimento que no han terminado los jabalís y los zorros de la noche. Y te sientes una con el Universo. Formas parte del Todo y la Vida cobra sentido.

Estamos en un paraje natural. Para llegar a la playa bajamos por una carretera sinuosa bordeando las montañas cubiertas de pinos, algarrobos, olivos y lentiscos, también es fácil encontrarse con animales de la zona como cabras montesas, jabalís, zorros, camaleones, ardillas y mariposas. Se puede hacer el camino andando y es una gozada.

Por la noche ese camino es mágico, en varias ocasiones lo recorrí solamente iluminada por la luz de la luna, impresionante las sombras majestuosas de los árboles, cada paso en la oscuridad era un confiar en la vida, donde los ojos no ven, el corazón te muestra el camino.

El mar es transparente, puedes ver tus pies pisando las piedras del fondo y los peces que se te acercan para que los alimentos, a veces son cientos y de diferentes tamaños, algunos días se pueden ver delfines en el horizonte saltando y jugando entre ellos, todo un espectáculo.

Esto hace que en este lugar se respire diferente y te llene de energía revitalizante y a la vez de paz. Y como guinda del pastel, es nudista, así que el contacto con la naturaleza es completo, una delicia para los sentidos y el alma. Disfrutar del entorno con la piel desnuda, sin interferencias. Piel con Piel. Todos desnudos frente a todos, frente a uno mismo. Una vez que descubres estas sensaciones, ya no te conformas con menos. De ahí al cielo.

No hubiéramos podido adivinar que un día como hoy iba a marcar el resto de nuestras vidas. Estábamos a punto de vivir la más bonita historia de Amor que hasta entonces hubiéramos imaginado. Sin saberlo, llevábamos mucho tiempo preparándonos para vivir lo que estaba a punto de comenzar.

Como cada mañana, me dispongo a comenzar el día con un succulento desayuno, para después continuar con mi jornada laboral, trabajo que llevo realizando cada temporada desde hace casi dos décadas.

Desde mi primer encuentro con el Paraíso no he podido dejar de acurrucarme en sus cálidos brazos y estos me han traído maravillosas vivencias y experiencias únicas, como encontrarme con personas auténticas, todas con su luz, algunas de las cuales a lo largo de los años se han convertido en compañeros de viaje, como disfrutar de los baños nocturnos en la mar rodeada de plancton luminoso, esas noches estrelladas o esas lunas tan brillantes que mantienen en vela a todo ser vivo (difícil dormir bajo la influencia de la luna llena) y muchas experiencias más que daría para escribir otro relato.

También sé que todas estas vivencias han potenciado mi seguridad, mi autoestima y mi confianza en la vida y en mí misma. Me siento Afortunada, Agradecida y Viva. Y lo percibo como un regalo el poder hacer y vivir todo esto. Y si en algún momento se me olvida, siempre, aparece algo o alguien que me lo recuerda.

Esa mañana él llega con su bici, la deja apoyada en la enorme roca que sobresale de la nada y rompe el paisaje marino. No puedo esconder una gran sonrisa que se dibuja en mi cara y pienso qué dura será la subida de regreso en bici. Él me responde con otra sonrisa y una hermosa luz emana desde el corazón hacia sus ojos. Se crea un lazo de unión del que aún no somos conscientes.

El día sigue su curso, ajeno a esta nueva semilla que ha brotado. Yo en mis quehaceres no puedo evitar, ni quiero, buscarlo entre la gente. Cuando lo encuentro y nuestras miradas se cruzan, vuelve a brotar la sonrisa y el brillo de la mirada, la alegría de vivir recorre mi piel.

A media mañana se produce el encuentro, un amigo en común, ya juntos en la mesa conversamos, me reafirmo en la necesidad de querer saber más de él, me encanta escucharlo y poder expresarme desde el corazón, siendo yo misma. Descubriendo afinidades que hacen que nos sintamos a gusto el uno con la otra.

Así pasa el día y como si de un baile se tratara, se crea una energía en vaivén que te acoge, te da bienestar y tranquilidad. Sintíendome como en casa, pero en compañía de otro ser al que apenas conozco, sin embargo, es como si hubiera estado ahí dentro siempre.

Y como en todas las historias aquí también aparece el malo, en este caso es el miedo.

Llega la tarde y no queremos que aquello acabe. Él, consciente de ello, me invita para continuar juntos la noche, pero soy precavida y prefiero declinar la invitación. Este es mi espacio de seguridad y aun no me siento preparada para estar con él en otro escenario desconocido para mí.

Mañana será otro día.

A él, se le abren otros nuevos mundos que desconocía pero que existían en él, se le muestran otras sensaciones y experiencias, en lo mas profundo sabe que si es capaz de abrirse a vivirlo, encontrará otra nueva realidad y otra forma de vivir el amor. Una vez decida dar el paso ya solo quedará dejarse llevar y vivirlo con los ojos muy abiertos.

Cuando estamos juntos sentimos una desnudez más allá de la que nos enseñan nuestros cuerpos, es una desnudez total, sin ropa, sin caretas, sin fingir, mostrándonos tal y como somos en todo nuestro ser. Fluyendo. Es una sensación tan maravillosa que estoy segura de que el hecho de estar desnudos literalmente ayuda a despojarnos de nuestros prejuicios y a sentirnos más cerca los unos de los otros.

Así transcurre un par de días más, donde buscamos momentos para compartir y seguir conociéndonos.

Cada contacto nos une más y más, aunque no somos conscientes por los miedos que cada uno lleva en su mochila. Llega la despedida, hasta pronto.

No se cuando volverá a aparecer, pero en estos días no he podido dejar de pensar en él y cada vez que lo hacía me recorrían mariposas por mi estomago, se me erizaba la piel y sentía una gran felicidad por todo el cuerpo.

Él no sabe tampoco cuando volverá, sabe que algo ha pasado, ha sido diferente, por inesperado, por lo que le ha marcado, por lo que ha sentido, porque le ha hecho imaginar que sus sueños se pueden hacer realidad, se pregunta si será por la energía que hay en el Paraíso.

Es consciente de todo ello, de que algo está pasando, y aunque el miedo asoma para intentar difuminar lo que siente para que no se embarque tan pronto en una nueva historia de amor, algo le dice que merece la pena vivirla, siente algo muy fuerte, y es que cuando los astros se alinean no puedes evitarlo y entonces decide dejarse llevar y vivir la experiencia.

¿Puede haber algo más bonito?

Y así, quince días después, se produce el reencuentro, los nervios están a flor de piel, me pregunto si habrá sido todo una ilusión, si volveré a sentir lo mismo cuando vuelva a verlo. Dudas acompañadas del miedo revuelven mi cabeza. Pero mi corazón lo tiene claro, quiero más y no voy a dejar que el miedo coarte mis alas. Pase lo que pase, apuesto por Vivirlo y no quedarme con las ganas.

Él aparece por la esquina de la playa, se acerca, yo estoy radiante y nada mas verlo le digo:

Sí, quiero ir a cenar contigo.

Ambos decidimos ir donde el corazón nos lleve.

*Aura*



## NACHO PARA LOS ÍNTIMOS

Tras una larga estancia en Marrakech y Casablanca, el benjamín y futuro heredero del Marquesado de Bonpartit, el ilustrísimo Sr. Don Ignacio José de Mora i Carvajal, Don Iñigo para los más allegados y Nacho para los íntimos, desembarcó en las primeras horas de noche en el mediterráneo Puerto Bahía de Algeciras. Tras una corta, pero necesaria espera, para desembarcar su coche de la bodega del barco, el Ilmo. Sr. Don Iñigo de Mora tenía previsto continuar por carretera, el viaje de regreso a su patria chica, a su palacete del Ampordà. Antes de poner rumbo a su destino en el Baix Ampordà, el espigado, apuesto y noble heredero del título familiar decidió programar una ruta de viaje alternativa, de carácter paisajista, para contemplación, uso y disfrute de los bellos parajes y paisajes próximos a la costa, y fuera de las alejadas y aburridas autovías.

En la carretera N-340 dirección Almería, en el límite de las provincias de Málaga y Granada, el Ilmo. Sr. Don Iñigo, después de conducir toda la noche sin descanso, decidió, obligado por el cansancio, hacer una parada en el Paraje Natural Acantilados de Maro - Cerro Gordo. En medio de la noche tropical granadina, momentos antes del amanecer detuvo su coche para descansar en la explanada que daba acceso a la pequeña carretera que bajaba hasta la paradisíaca playa cantarrijana. Bajó las ventanillas del coche dejando pasar el aire fresco de la noche, recreándose en su deleite de los aromas naturales que desprendían y trasminaban la flora y la vegetación del lugar. Bajó del coche para estirar las piernas, y contempló, bajo una tenue luz de la luna, las perfiladas siluetas de arbustos y pinares entre destellos tintineantes de la misma luna sobre el mar. Tras un breve tiempo de reflexión miró la hora en su Rolex y decidió a hacer un alto en su viaje por la serpenteante costa mediterránea. Abrió el maletero del auto, y apartando un par de maletas sacó del fondo de este, una castigada saca de loneta azul, donde llevaba, para imprevistos, su kit playero de emergencia. Subió de nuevo en el coche, y arrancando el motor después de colocarse el cinturón de seguridad, inició la bajada a la playa con su Porsche 911 turbo para descansar en la paradisíaca playa nudista de Cantarriján.

Con los primeros rayos de sol, después de su descanso, se incorporó de su asiento retrepado y abriendo la guantera del coche cogió el último libro de Gabriel J. Martín. Tomó la bolsa de viaje y el libro, y de manera diligente se dirigió hasta la misma orilla del mar. Con la mirada absorta en el horizonte recordaba la primera vez que estuvo en esta misma playa, donde la heterodoxia de los cuerpos desnudos de mujeres, hombres y niños, le enseñaron a mirarse y a aceptarse con naturalidad, «algo escuálido para su madre y demasiado sinuoso y para su padre» pensó.

Frente al azul del mar envuelto en la melancolía de sus recuerdos, Don Iñigo, tirando la bolsa en el suelo y sentándose con las piernas cruzadas sobre las suaves guijas de la orilla de la playa, se sintió predispuesto, en primera persona, a la reflexión y análisis de su propio crecimiento personal... *«En la desnudez propia, y la de los demás, aprendí con apenas veinte años, en esta misma playa de Cantarriján, a valorarme y a amarme con mis virtudes y mis defectos, tal como era. Me reconcilié con mi sexualidad reprimida en la contemplación de los cuerpos desnudos, de mujeres y hombres ajenos. Comprendí que la práctica del nudismo integral, como estilo de vida, no estaba reñida con mi filosofía de vida naturalista en defensa del medio ambiente y sus formas naturales de expresión. Durante décadas, gracias a mi estatus y posición económica, he viajado por todo el mundo promulgando la importancia que tienen la lucha y la defensa del Medio Ambiente, en consonancia y coherencia con los Derechos Humanos, haciendo siempre referencia a la desnudez, como rasgo principal de igualdad entre todas las personas del mundo, sin importar su género, su raza, su condición sexual, su procedencia, etc.*

Ensimismado en sus reflexiones, con los primeros rayos del sol posándose sobre su cuerpo, Iñigo de Mora, en un acto reflejo desabotonó su camisa de Ralph Lauren y su pantalón 501, desprendiéndose de las dos prendas dando prioridad a su versión más animal. Desabrochó de su muñeca derecha la correa de piel de su Rolex Cellini Moonphase, todo un clásico para los amantes de la luna, y se desprendió también de sus Calvin Klein, guardándolos ambos, en la vieja bolsa de loneta azul.

Quería, y necesitaba mostrarse al mundo desnudo, sin pudor alguno, en igualdad de condiciones con los demás, despojado de sus insignias y emblemas distintivos de clase privilegiada, que podían ponerle de relieve frente a la gran mayoría menos afortunada. De vez en cuando le gustaba pasar desapercibido; sin etiqueta alguna que denotara su estatus social o posición económica. Quería mostrarse a los demás sin más complementos ni ornamenta que sus indefinidos rasgos y la escasa musculatura que yacía bajo su piel. Siempre persiguió la gloria de sentirse en paz consigo mismo, sentirse bien, libre, en armonía con la naturaleza y su entorno; algo difícil de apreciar y sentir en las impositivas formas de urbanidad de las ciudades.

Decidido a quedarse y pasar el día en tan bello lugar, alquiló una tumbona en primera línea de mar y se dejó caer sobre la misma deleitándose con los primeros rayos de sol y la suave brisa marina del entorno.

Poco a poco iban llegando los primeros bañistas a la playa nudista de Cantarrián, con la esperanza y el anhelo de encontrar un soplo de bienestar en este paraíso de libertad, donde poder disfrutar de la propia naturaleza en su estado más primitivo, de forma desnuda, sin imposiciones que le impidan a todos aquellos que practican la desnudez beneficiarse de los saludables rayos del sol llegando a todos y cada uno de los rincones de su cuerpo, experimentando el placer de sentir la brisa marina en los más recónditos pliegues del cuerpo en una actitud desafiante... ¿Qué otra explicación tiene venir a pasar el día a una playa nudista y bañarse, si no lo van a hacer en pelotas? Con el debido respeto que todos nos merecemos será mejor no especular, ni sacar conclusiones de forma ligera para no despertar al monstruo de las buenas maneras y costumbres... Solo aquellos bañistas que conocen y respetan la tradición nudista de Cantarrián, observarán con naturalidad los cuerpos desnudos de las personas, que valientemente se muestran desnudas ante la masiva afluencia, cada vez mayor, de bañistas textiles prisioneros del pecado original.

Nadie, ninguno de nosotros, los que practicamos el nudismo en un lugar público, podemos escapar a las

furtivas y reprimidas miradas de los voyeur, generalmente hombres, que más allá de la libertad de mirar, esconden intereses ocultos, obscenos en muchas de sus veces, con un calado represivo de índole prejuicioso.

Con la llegada del medio día, cuando el sol peligrosamente se posicionó en su cenit, Nacho creyó oportuno hidratar y alimentar su cuerpo con una fría jarra de cerveza y una buena tapa granaína. Se incorporó lentamente de su hamaca sin tener muy claro a donde ir a tomar la cerveza y comer. Por un instante quedó inmóvil ante la disyuntiva de tener que escoger entre, el Bola Marina o La Barraca; los mejores y únicos restaurantes de la playa para tapear y comer. De pronto algo le hizo reaccionar, y tomó la decisión por el segundo al comprobar que en su terraza le daban la opción de estar desnudo en la degustación de sus bebidas y manjares más exquisitos. Cerveza en mano, Don Íñigo, Nacho para los íntimos, mirando en su rededor y haciendo un brindis al sol en su expresión más taurina, levantó su jarra en alto al tiempo que predicaba en voz alta: Bienaventurados los hombres y mujeres que se desnudan ante los demás, porque ellos serán el alimento del pecado.

*Júpiter*

# ANDA JALEO

*Viernes 5 de febrero 1937*

Hace unos días que dejé la capital y he acampado en una cala pasado Nerja. Se llama cantarriján. La carretera queda a un kilómetro o kilómetro y medio. La bajada al principio ha sido fácil porque había carril, después era vereda que se abría paso a varios senderos. Yo estoy a doscientos metros del mar en lo que parece un río. Tiene muchas cañas y arbustos, así como maleza. Es el lugar perfecto para esconderme unos días antes de seguir camino de Almería. El frente nacional asedia Málaga. Ya se han hecho con Huelva, Cádiz, Sevilla y parte de Córdoba. Málaga es un enclave marítimo para que sigan llegando tropas de Marruecos. En cuestión de días han llegado entre cincuenta y sesenta mil personas a la capital malagueña. La gente huye antes de que las tropas lleguen a sus pueblos. El otro frente viene por Loja y Antequera. Los camisas negras italianos ya han pasado de Zafarraya y van hacia Vélez Málaga.

*Sábado 6 de febrero 1937*

Al anochecer había focos alumbrando la playa de tres buques de guerra que han anclado muy cerca de la costa. Son el Almirante Cervera, el Baleares y el Canarias armados con cañones y ametralladoras. Se puede apreciar desde aquí a los marineros ir de un lado a otro por cubierta. He subido hasta la carretera, apenas me queda media barra de pan para comer. Lo que he visto allí es una riada de gente. Algunos van con sus pocas pertenencias, otros llevan un burro cargado con mantas, ropas, una máquina de coser. Niños, mujeres, hombres, ancianos, no he visto ningún miliciano. Sentada en la cuneta, una mujer da el pecho a su bebé. Al lado de ella, una anciana pide a sus familiares que la dejen allí, no puede seguir más. He sentido escalofríos con esas caras de miedo y desesperación en todas esas personas. Vuelvo a bajar hasta cantarriján. Aquí me siento a salvo.

*Domingo 7 de febrero 1937*

Al amanecer han sobrevolado la zona aviones italianos de la aviación legionaria. Mis temores se confirmaron más tarde. Varios cazas y bombarderos han abierto fuego sobre la carretera. Desde los buques, el Cervera que es el que más cerca está de mi posición, también ha empezado a disparar contra la muchedumbre. Los gritos eran horribles, la polvareda levantada por los impactos de las bombas en el monte y en los acantilados, apenas dejaba ver a un palmo de distancia. Hasta aquí donde me encuentro han llegado piedras y rocas rodando colina abajo, algunas hasta la misma orilla del mar. Los aviones y los buques tienen un blanco fácil, la carretera parecía ayer la calle Larios en Semana Santa. No dejo de pensar en todas las personas que habrán perdido la vida en apenas unos minutos. A pesar de la distancia a la que estoy, oigo gritos de niños llamando a sus padres y personas buscando a familiares.

*Lunes 8 de febrero 1937*

La carretera se ve como una marea humana. Por el día la mayoría prefiere esconderse y caminar por la noche. En el tramo Nerja, Maro, Cerro Gordo y Almuñécar es donde se concentra el mayor ataque de los nacionalistas a la columna de exiliados. Ya no estoy solo aquí en cantarrián. He ayudado a algunas personas a bajar.

Familias cargadas con lo poco que les queda. Traen con ellos a niños que han recogido por el camino al ver que estaban perdidos y solos. También forman parte de este grupo algunas mujeres con sus hijos y algunos hombres solos.

Según he contado seremos unos cincuenta entre adultos, ancianos y niños. Todos estamos de acuerdo en ocultarnos hasta que esto pase o se retiren los aviones y los buques.

Por aquí nos movemos desapercibidos, gracias al paraje natural en el que está cantarrián. Entre varios árboles hemos formado un campamento y nos organizamos para conseguir comida.

Hay una familia de gitanos que han hecho trampas para conejos y pájaros y eso nos ha permitido comer a todos. Los niños cogen caña de azúcar que, aunque por la fecha en la que estamos son aún pequeñas, tienen un sabor dulce que calman nuestra hambre. A la hora de dormir lo hacemos junto a pequeños fuegos que tenemos encendidos y que apagamos al amanecer. Hay tertulias nocturnas en las que hablamos de todo esto que está pasando. Algunos cuentan el horror que llevan vivido en estos días,

lo que han visto, las personas que han muerto a su alrededor. Otros se preguntan por familiares y amigos, si se habrán quedado en Málaga o si estarán por la carretera camino a Almería. Doscientos kilómetros de muerte separan a las dos ciudades.

Hemos creado en este paraje de cantarrijan, una gran familia que ha sacado de nosotros lo mejor del ser humano, amor, compasión, gratitud, conciencia.

*Jueves 11 de febrero 1937*

Llevo unos días sin escribir. Al estar con estas personas las jornadas pasan rápido. Los ataques de los aviones y de los buques han continuado, aunque con menor intensidad. Dos de los buques el baleares y el canarias ya se han marchado. Queda el Almirante Cervera que sigue estando cerca de nosotros. Por la carretera ya no se ve a tanta gente como antes. Nosotros aquí nos animamos a meter los pies en la playa y pasear por la orilla. Los niños juegan y corretean. Ya no nos escondemos como antes. Estar aquí en cantarrijan es como estar aislados del exterior y hasta por un momento olvidamos los muertos que yacen en la carretera.

*Viernes 12 de febrero 1937*

Esta mañana ha salido el sol. He encendido un cigarro y he paseado por la orilla pensando que era la primera vez que veía cantarrijan sin nubes y me ha parecido más bella aún. A lo lejos oía voces y risas de varios hombres. He mirado dirección a la carretera y no he visto a nadie.

He mirado por el cerro de la torre vigía que separa cantarrijan con el cañuelo y tampoco he visto a nadie. Hasta que mirando al mar he visto que eran varios marineros del buque Cervera. Estaban gritando y riendo junto a una ametralladora que hay en cubierta para abatir aviones en pleno vuelo, y con los que estos días, han disparado sobre los que huían por la carretera. El buque me parecía más cerca que en días atrás. La verdad es que yo soy quien me acerco a ellos, antes no salía del escondite y ahora paseo como si no estuvieran.

Mirándolos entendí que pasaba. Discutían por matarme. Apuntaban hacia mí y me insultaban a gritos. El miedo me paraliza. Me gire hacia el campamento por si alguien estaba viendo lo que yo.

Nos han descubierto pensé. Sin saber cómo me quite el abrigo, el jersey y la camisa. He sentido frío en mi pecho. Me he desnudado y me he metido en el mar gritando con todas mis fuerzas: *¡Aquí me tenéis! ¡disparar cabrones!* Me he vuelto loco gritando, he perdido por momentos la noción del tiempo y de mi juicio. Cuando he vuelto en si no era el único que estaba desnudo gritando. Todos los que allí estaban también se despojaron de sus ropas, los niños, ancianos, hombres y mujeres. Una imagen que me sacó una carcajada fue ver al patriarca del clan gitano desnudo y acordándose de los muertos de los marinos como el los llamaba. Se escucho la bocina del barco y un humo negro de su chimenea anunció su retirada. Los marineros ya no estaban. Mientras el buque se movía lento, allí desnudos en cantarrijan nos sentimos más libres que nunca. Llorábamos y reíamos a la vez. Nos abrazábamos unos con otros. Alguien comenzó a cantar: *¡Anda jaleo, jaleo; ya se acabó el alboroto y vamos al tiroteo, ¡y vamos al tiroteo!*

*30 de noviembre 2021*

Veinticuatro cantarrijanos llegaron a Almería y de allí fueron a Cartagena, donde embarcaron junto con cientos de exiliados hasta Francia. El patriarca de la familia gitana le entrego este diario a mi abuelo cuando iban a bordo. Estaba en la chaqueta que uno de esos cantarrijanos le regalo cuando dejaron la playa. Mi abuelo era uno de ellos.

Y lo primero que hizo cuando a los años regreso a Málaga, fue ir a cantarrijan. Allí se desnudó y se dio un baño. Y ese acto lo repitió verano tras verano hasta el fin de sus días. Me contaba como al principio lo miraba la gente que se encontraba en la playa, y a la vuelta de unos años cantarrijan era nudista.

Esto no es un relato de tradición nudista, es un homenaje a la libertad que me produce la desnudez.

*Escorpión*





RELATOS  
2026

## EL COMIENZO

Antonio, un joven proveniente de una familia tradicional, la cual nunca se había hablado nada relacionado con el nudismo y/o similar tenía muy mal pensamiento sobre el nudismo o ir desnudo en lugares públicos delante de más personas.

Él pensaba: "¿ Yo? Yo sería incapaz, qué vergüenza, esa gente enseñando todo, que guarros". Durante el verano de 2009 Antonio empezó a enterarse por su padre que lo vió en RR.SS de que su tío practicaba el nudismo, Antonio vio imágenes de su tío desnudo en la playa con un stick tapando sus partes íntimas, al principio se reía en silencio y se quedaba pensativo cada vez que veía imágenes de su tío. Llegó el momento que empezó a pensar, "veo a mi tío disfrutar, lo mismo no es tan malo, ¿Y si lo pruebo yo? ¿Qué se sentirá?".

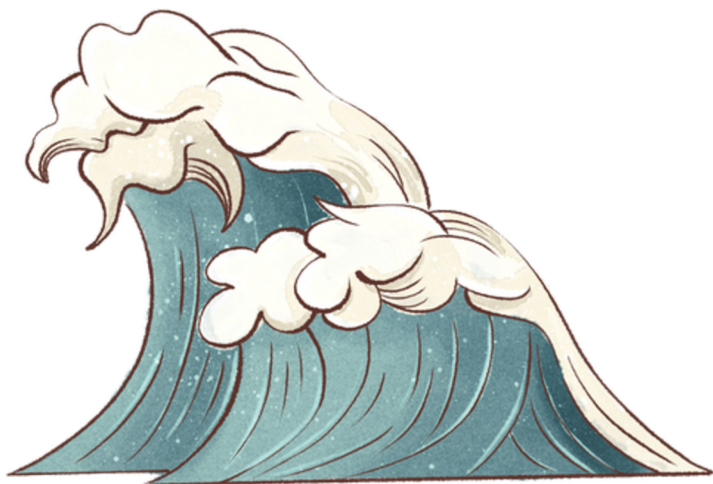
Sus pensamientos se quedaron ahí, en unos simples pensamientos. Al año siguiente a primeros de verano volvió a ver más fotos de su tío en la playa y empezó a sentir curiosidad, los pensamientos sobre esa gente desnuda le iban cambiando, ya no lo veía tan feo. Ese verano de 2010 Antonio estaba trabajando de repartidor con un camión, madrugaba muchísimo y terminaba a medio día y un día durante su jornada laboral dijo: ¡hoy me voy a la playa y voy a probar quedarme en pelotas! Y así fue. Antonio llegó a la playa, puso su toalla, peeroooo..... la vergüenza se apoderó de él, se tiró en torno a 1h30m sentado en la toalla decidiendo y mirando a su alrededor.

Cuando se atrevió a quitarse el bañador, que lo hizo sentado, se abrazó a sus rodillas muerto de vergüenza, no hacía más que mirar a su alrededor y en un momento dijo: ¡Se acabó, me voy para el agua! Se levantó de la toalla y se lanzó corriendo hacia el agua con toda su vergüenza. Estando dentro del agua observando a todo el mundo se dió cuenta que ahí en ese ambiente todos iban a lo suyo con total naturalidad. Antonio empezó a sentir la verdadera libertad, con vergüenza pero se estaba empezando a sentir agusto y con el tiempo, todos esos malos pensamientos que él tenía sobre esa gente desnuda le cambió por completo y su forma de verlo también.

Unos años después encontró un gran paraíso situado en Almuñécar-La Herradura, la magnífica playa nudista CANTARRIJAN, por pura casualidad escuchó hablar de una asociación nudista, localizó a algunos integrantes hasta que se asoció y con el tiempo encontró su verdadera familia NUDISTA para toda la vida en total libertad y naturalidad.

Hoy por hoy Antonio ha participado en muchas actividades nudistas, ha estado en urbanizaciones nudistas paseando por la calle como vino al mundo, él piensa; ¿Por qué no haría yo estoy antes? Qué malos pensamientos tenía yo cuando esta vida es una maravilla, quiero vivir siempre así. Lo malo es cuando vuelve a la realidad, a su día a día casi siempre vestido, con uniforme estrecho que le estorba todo y siempre pensando en su paraíso y en su familia CANTARRIJANA.

*Antonio*



# CARMEN

## I – EL JOVEN CARISMÁTICO PATRICK

Transcurrían los últimos años de la década de los 70 del siglo XX. En España se estaban produciendo importantes cambios políticos y sociales que favorecieron que una parte de la sociedad quisiera sacudirse un puritanismo rancio e hipócrita, y que jóvenes, pretendiendo deshacerse de coacciones sociales, se sintieran deslumbrados por un supuesto liberador movimiento hippie, imaginando equivocadamente un modo de vida rebelde, en perpetuo ocio y exento de responsabilidades. O mejor dicho, con las únicas responsabilidades derivadas de hacer y escuchar música, y aparentar desinhibición en asuntos de sexo, alcohol y drogas.

En ese desorden de cosas es cuando el muy joven Patrick descubre una recóndita cala en la costa de Granada. Llega el joven carismático Patrick. Llega un irlandés con glamur extranjero que, a pesar de su juventud y con el aura de una supuesta mochila de experiencias vividas, representa al rebelde que en esos días muchos jóvenes deseaban ser, aquel a quien parecerse o seducir.

Llega el joven carismático Patrick capaz de cautivar a todos.

Patrick se deslumbra con la naturaleza del barranco Cantarriján que acaba en la misma playa. Conocedor del clima benigno, no es por casualidad que haya acabado por estos parajes. Se refugia en un pequeño chambao junto a sus pocas pertenencias. Dedicar su día a no hacer nada, salvo mendigar comida entre los escasos bañistas y más frecuentes pescadores de caña, conseguir agua para beber, o vino de la tierra, y disfrutar desnudo de baños de sol y de mar, libres de pudor pero con acertada discreción. Usa su atractivo natural para conquistar las simpatías de convecinos y foráneos que le proveen de lo básico, y que poco a poco le van proporcionando enseres que hacen algo más cómoda su estancia.

Pronto corre el rumor de que en la cala del barranco Cantarriján vive desnudo un joven carismático en un precario refugio. Se especula sobre de qué vive, de dónde viene, qué hace o pretende. Y algunos jóvenes movidos por la curiosidad empiezan a frecuentar la cala del barranco Cantarriján.

Entablada relación con el joven carismático Patrick y atrapados por su poder cautivador, hacen de la playa lugar de reunión, guarida de fin de semana, escondite de amores furtivos y escuela de modesta rebeldía que sabe a conquista de continentes.

Esos resueltos jóvenes del lugar, con el fin de creerse y demostrarse modernos, indisciplinados y osados como suponen al joven Patrick, comienzan a pernoctar en la playa, a deambular medio desnudos, a calentarse y reunirse en hogueras con guitarras, consumir alcohol y, protegidos por la noche no sea que vengan los civiles, fumar marihuana y hachís, y los más atrevidos tomar algún tripi, de tal modo que siempre habrá en la playa un grupo más o menos permanente de jóvenes.

De esa forma casual propiciada por la presencia del joven carismático Patrick, y debido al efecto llamada de una apartada cala virgen de salvaje belleza y privilegiada climatología donde poder solazarse al sol como se vino al mundo, la playa de Cantarriján se convierte en cuna del incipiente nudismo y su fama traspasa fronteras, al menos las más cercanas en un principio.

## II - LA TÍMIDA CARMEN

Carmen luce un hermoso cabello completamente blanco desde hace más de dos décadas. Debido a su avanzada edad y a su carácter tímido, casi apocado, siempre a la sombra de su carismático irlandés Patrick, cuando este desapareció hace casi un año, nadie daba un duro por ella.

Poco se sabe de la tímida Carmen que rara vez habla de sí misma. De origen cordobés, se dice que fue poseedora de una inusual belleza y notable inteligencia, cualidades que aún se adivinan en su serena vejez. Llegó a la playa de Cantarriján marcada por un matrimonio trágico. Nacida en el seno de una familia judía de carniceros venida a menos, la menor de 6 hijos todos varones menos ella, vio cómo enfermaba de gravedad su padre y se vendía el negocio familiar para procurar recursos al futuro de sus hermanos obviando cualquier provecho hacia la hija que había dedicado su primera juventud a la preparación y venta de carne kosher y que tanto había contribuido a la educación de sus hermanos mayores.

La tímida Carmen hubiera preferido regentar el negocio familiar al destino inexorable de muchas jóvenes judías de familias ortodoxas, el matrimonio concertado.

Conoció a Samuel, su prometido, a través de un *Shadjan*, casamentero convenido por su futuro esposo. Ya estaba en la edad adulta y era consciente de que los 'buenos partidos' optaban por chicas en juventud temprana. La tímida Carmen quedó turbada en la primera cita de ambas familias para conocerse puesto que Samuel no resultó ser un viudo decrepito exigente malhumorado. Muy al contrario se encontró con un joven de edad aproximada a la suya, educado, jovial y bien parecido. No sabía la tímida Carmen que los años de atender la carnicería, junto a su belleza y a su carácter sereno y buena educación, la hicieron merecedora de prestigio, elogios y anhelos en su comunidad, que finalmente resultaron estériles debido a la inexistencia de dote por la imprevista ruina familiar.

Pero Samuel estaba enamorado de Carmen desde su llegada a Córdoba. Junto a su padre, reputado y adinerado artesano orfebre procedente de Venecia, se afincaron en Córdoba huyendo del dolor de perder a la esposa y madre.

Familia moderna que de cara a la comunidad judía hacía ver que guardaba las tradiciones. En la primera ocasión en que los prometidos pudieron hablar con intimidad y franqueza, Samuel explicó a la tímida Carmen sus sentimientos pero que sería capaz de entender y respetar una negativa a contraer matrimonio. Sin embargo, la tímida Carmen ya había decidido que, a pesar de no estar enamorada, podría tener una dulce y placentera vida junto a Samuel.

Poco duró a la tímida Carmen el espejismo de una dulce y placentera vida junto a Samuel. A los tres años de celebrar las nupcias, justo después de fallecer la madre de Carmen, Samuel muere junto a su padre en un trágico accidente de carretera camino a una feria de joyería en Barcelona.

### III – LA TÍMIDA CARMEN Y EL JOVEN CARISMÁTICO PATRICK

Cuando la tímida Carmen llega a la costa de Granada en busca de retiro donde lamerse las recientes heridas, encuentra un viejo y apartado chalecito frente al mar colgado de la ladera de la montaña, y decide comprarlo e instalarse.

Con la vida resuelta, y cerca de la cuarta década de vida, solo aspira a disfrutar de su soledad voluntaria, de paseos con vistas al inmenso y plácido Mediterráneo, de ligera lectura y de un pequeño jardín con huerto bendecido por el benigno clima.

Con frecuencia casi diaria sus paseos la conducen hasta la cercana cala del barranco de Cantarrián, que se vislumbra desde su jardín. Allí, libro en mano u observando la suerte de fauna humana que habita la playa, puede pasar horas al sol del invierno o al frescor del barranco en verano. Disfruta viendo las labores agrícolas de cercanos invernaderos de subtropicales, con la destreza de los pescadores en el manejo de sus aparejos y de las suculentas sorpresas que deparan y que la tímida Carmen con frecuencia degusta, de los rituales de los bañistas, en su mayoría parejas de mediana edad de origen extranjero que para su sorpresa inicial desnudan completamente sus cuerpos sin pudor alguno, y de las frecuentes fiestas y juergas de fin de semana de algunos jóvenes, entre los que se encuentra siempre el carismático Patrick que vive en la playa, igualmente desnudos y ebrios de quién sabe qué, y que con frecuencia, en grupos de dos o tres y cogidos de las manos, realizan una impaciente carrerilla hacia los matorrales.

Esa mezcla de vida cotidiana, relajada y disipada, donde todos los actores se respetan, es para la tímida Carmen el escenario de su nueva vida.

La tímida Carmen no ha pasado desapercibida para el joven carismático Patrick, que ha descubierto en su belleza madura una incomprendida atracción que va más allá de lo sexual. Con frecuencia la sorprende observándolo, pero sin pudor alguno Carmen no aparta la mirada y le regala una sonrisa, confundiendo Patrick la curiosidad y amabilidad natural de Carmen con la habitual atracción física que despierta su privilegiada naturaleza. A veces intercambian frases amables pero no consigue el joven carismático y desconcertado Patrick despertar alguna reacción o interés en la enigmática mujer.

Una fresca y nublada tarde de otoño camina Patrick resuelto hacia Carmen y la invita a nadar juntos. Como sea

que Carmen jamás tomó un baño de mar y con el fin de vencer su indecisión la asiste en desprender su vestido y tomándola de la cintura y con evidente erección la escolta a sumergir su cuerpo en el cálido mar. La tímida Carmen sorprendida, azorada, halagada, agradecida, divertida y como queriendo comprobar que las atenciones y actitud del joven no son un ensueño, se abandona al sexo entre sus brazos en la misma orilla del mar.

Para el bienaventurado carismático Patrick no hay marcha atrás. Embriagado por su esencia, no deseará más sexo si no es con la tímida Carmen.

La tímida Carmen no ha quedado cautivada por el joven. Sin embargo, y como hiciera antes con su malogrado esposo, decide que se permitirá tener una dulce y placentera vida junto al carismático Patrick.

Pronto el joven se instala en la comodidad del hogar de Carmen, en el respaldo económico, en una vida regalada orientada al hedonismo y a despertar la admiración ajena como único fin. Bajan a diario a la playa. La carismática pareja formada por Carmen y Patrick es una institución en la ya célebre playa nudista de Cantarriján. Admirados, queridos, celebrados y respetados.

Para Carmen, la existencia de Patrick ha supuesto más de lo que nadie puede saber.

Patrick nutrió su vida, completó su alma, fortaleció su seguridad. Colmó sus necesidades de intimidad. La acompañó en su libertad. Y desde que tuviera una mala caída por un resbalón en las escaleras que bajan al huerto, reapareciendo la carnicera que una vez fue, el cadáver del carismático Patrick también es el alimento de la tímida Carmen.

*Pescador*



Cantarriján, Verano '93

*Patrick & Carmen*

# MI PARAISO

Empezó como un viaje más, una de esas escapadas que haces con un amigo, con una persona de esas que reconoces como familia. Nada más. Una parada en el transcurrir de unos merecidos días de descanso, descanso de esa vorágine en la que, cada vez más frecuentemente con el paso de los años, te ves inmerso. Y con el estado de ánimo del que respira tras una larga carrera, estaba ahí, mirando al horizonte, desde la altitud imponente pero tan cercana al mar que solo puede regalarte un rincón como este. Al fondo, el azul del cielo fusionado con el turquesa del agua, más cerca, el verde exuberante del barranco, la puerta a un paraíso que aún no conocía, pero del que había oído hablar en innumerables ocasiones, Cantarriján.

Nunca fui de escapadas en esas temporadas altas en las que buscamos a tropel salir de la rutina, aunque finalmente nos encontremos de nuevo con esta justo delante de nuestras narices. Siempre fui de caminar, de caminatas largas, no tan pausadas, y este lugar me brindó la oportunidad de adentrarme en sus entrañas como más me gusta, con los pies en la tierra, sintiendo cada metro cuadrado con cada uno de mis sentidos. ¡Es increíble reconocer esa conexión o más bien esa reconexión con lo elemental, con el medio natural del que nunca salimos! Desde mi primer paso pude experimentar la bienvenida de un lugar desconocido pero a la vez familiar, esa bienvenida que solo puede darte una madre.

Conforme descendía, ya no tan pendiente de mi acompañante, que había pasado a algún plano, sino de todo aquello que me rodeaba, que en realidad me acompañaba y que respiraba y vivía este maravilloso lugar, sentía el deseo de volverme uno con esa mágica combinación que me envolvía. La lección ya la tenía aprendida a este respecto: descalzo, pies en la tierra, y desnudo, yo mismo, ¡Cantarriján estaba haciendo de las suyas en mí!

Una sensación aún más fuerte de cercanía me cautivó cuando pisé esa mezcla de arena y grava tan característica de las playas granaínas: silencio, unos cuantos pasos más, me envuelvo en sus aguas cristalinas de cerca, de color turquesa al ampliar la visión.

Mi cuerpo, mi ser, tal cual es, sin adornos, sin capas, se siente arropado mientras un sinfín de peces se acerca a saludarme, ¡de esos momentos, contados, inolvidables, para siempre!.

Un niño, es justo como podía sentirme, habiendo dejado arriba del barranco casi todo lo pesado, lo que no aporta, lo que solo se ve pero no se siente, y como tal, me vi emprendiendo una exploración de las que siempre me han gustado. Alma de niño explorador, al desnudo, al natural, ¡este paraíso se había convertido en una nueva ilusión para reemprender esas aventuras! ¿Nadando? ¿Voy caminando? ¿Hacia arriba del acantilado? Unas gafas, un kayak, una tabla... Borbotones de ideas, todas con el objetivo de conocer este paraje natural al más mínimo detalle.

Finalmente perdí el aliento, no por la subida al acantilado, sino porque por fin, desde lo alto, reconocía este lugar con esa sensación de haber estado antes o, mejor dicho, de "bienvenido a tu hogar". Mi piel, en contacto directo con una gran roca, que me ayuda a recobrar la temperatura que tan suavemente me ha retirado el agua, explora su desnudez y vuelve a la vida. El contacto con lo que siempre estubo ahí, con el origen, con nuestro origen, el de todos. Y sigo oyendo el silencio, ese silencio de la brisa primaveral, del rumor de las olas, lentas, constantes, envolventes. Silencio que envuelve y que me trae de regreso a mí.

¡Arriba! Vuelve el niño, con su afán de explorar, sin ánimo de conquista sino como el que explora el amor de un ser querido, entrañable, con amor y respeto. ¡Uno, dos y tres, al agua! Tremendo salto, que me invita a descubrir nuevos rincones no transitados, donde la fusión del turquesa con el gris de la roca es único. Escalada, difícil, pero ilusionante, con el saludo de los peces a mis pies mientras me voy alejando de ellos, más arriba, más arriba... ¡Uno, dos y tres, sin pensarlo, al agua!.

Cada salto consigue en mí aunar ese cielo que siempre me acompaña con la roca y ese manto turquesa que me recibe suavemente al final del vacío. Todo quedó atrás, hasta lo que consiguió bajar conmigo, barranco abajo, ya quedó atrás, ¡todo un bautismo, un empezar de nuevo para seguir siendo yo mismo!

Mi cuerpo al desnudo se fusiona con la roca de nuevo, calor sutil, vuelve a la calma tras unos cuantos saltos, silencio, respiración, naturaleza, introspección... Vuelta a la tierra... ¡No! ¡Mi acompañante! Solo lugares así consiguen que puedas olvidarte tanto de todo. Bajada entre pinares, ¡hasta pronto! ¡Hasta pronto, roca, hasta pronto, romero, hasta pronto árbol que en su soledad al borde del acantilado ha controlado cada uno de mis saltos!.

Preguntas, preocupaciones, ¿dónde has estado? ¿Estás bien? Donde siempre estuve, de donde nunca salí, en mi esencia, mi paraíso al desnudo, Cantarriján.

AC



## EL MAPA DE MI PIEL

Era primavera, o eso decía el calendario, porque hacía un calor sofocante.

Tierra reseca. Polvo metiéndose en la garganta con cada paso. Ese era el camino de bajada hacia el mar. A medida que íbamos bajando por la pendiente, el rugido de los coches de la carretera nacional se iba apagando, gracias a Dios, y empezaba a adivinarse el rumor de las olas rompiendo abajo. Pero a ver, si soy del todo sincera, yo solo escuchaba una cosa: los latidos de mi propio corazón rebotando en mis orejas.

Estaba muerta de miedo. Aterrorizada, vaya.

Resulta que llevaba casi dos puñeteros años sin quitarme la ropa delante de nadie. Bueno, mi pareja y los médicos no cuentan. En todo ese tiempo mi cuerpo se había tragado una batalla de las duras. De las muy silenciosas y oscuras.

Sobreviví, claro que sí. Pero el precio a pagar fue alto. Una asimetría brutal me cruzaba el pecho: la ausencia del derecho, sustituido ahora por una cicatriz demasiado visible, demasiado tensa. Un recordatorio diario frente al espejo de lo inmensamente frágiles que somos.

Antes de que me cayera encima todo este infierno de hospitales, yo era una nudista convencida. Me encantaba. Lo practicaba siempre que podía y lo defendía a capa y espada como una herramienta de libertad absoluta. Pero la cabeza te juega unas malas pasadas increíbles cuando estás vulnerable. No sé si fue por el bajón anímico, por la quimio o por esa presión invisible de una sociedad que te exige ser simétrica, pero me autoconvencí de que un cuerpo incompleto como el mío debía ocultarse a toda costa. Me convertí en una experta profesional en comprar camisetas tres tallas más grandes. Jerséis deformados. Lo que fuera para tapar el desastre y ocultar mi cuerpo real.

¡Hasta que reventé!

Aquel día de finales de primavera, la cabeza me hizo un clic. Ya no era solo la ropa pegándoseme al cuerpo lo que me asfixiaba. Estaba harta de vivir escondida bajo capas de tela, harta de la culpa, harta de pedir perdón por estar viva.

Necesitaba volver a sentirme libre porque hacía demasiado tiempo que vivía en una jaula que yo misma me había construido. Miré a mi pareja, que el pobre llevaba meses aguantando mis bajones con una paciencia que no es de este mundo, y se lo solté de golpe:

—¡Necesito mar!

Necesitaba volver de urgencia a uno de esos lugares donde siempre me sentí libre. Donde la ropa es solo una opción, no una obligación impuesta por el pudor. Un lugar donde me pudiera sentir de nuevo mujer, sin tener que soportar miraditas de compasión, ni de morbo, ni de asco. Ese lugar tenía nombre y apellidos: la Playa Nudista de Cantarriján.

Cuando por fin aparcamos y llegamos a la arena, sentí un nudo enorme en la garganta. Me sudaban las manos. Me preguntaba a mí misma, casi en pánico, si realmente sería capaz de quitarme la ropa. Os juro que casi me doy la vuelta.

La primera cala estaba a reventar de gente. Algunos tomaban cerveza en el chiringuito en bañador; otros tomaban el sol en bikini. Había algunos, pocos, caminando desnudos por la orilla, a lo suyo. Apreté fuertemente la mano de mi chico, casi hasta cortarle la circulación de los nudillos, y le dije:

—Vamos a la otra —susurré con la voz temblando.

En Cantarriján, el reducto donde se concentra la mayor parte del colectivo naturista de verdad es la segunda cala. Cruzamos el pequeño tramo de rocas escarpadas que separa las dos playas. Mi corazón parecía que iba a salirse del pecho. Para nosotros, cruzar a la otra cala siempre había sido como un ritual de purificación.

Llegamos a nuestro refugio. Me sentía algo más tranquila al dejar atrás los chiringuitos, pero el pulso me seguía yendo a mil por hora. Nos colocamos un poco apartados del resto, cerca de la pared del acantilado. El sol del mediodía ya picaba con muchas ganas. Mi pareja, con una naturalidad pasmosa, se quitó la ropa en cero coma.

Me miraba y me daba la mano; eso me tranquilizaba muchísimo. No había ni pizca de presión ni juicio por su parte. Pero yo... yo me senté en la toalla, abrazando mis rodillas, sudando a mares dentro de mi maldita camiseta XXL.

Empecé a mirar a la gente que tenía alrededor, casi a la defensiva. En la orilla, una pareja bastante mayor jugaba a las palas. Sus carnes colgaban, tenían manchas del sol y estrías. No muy lejos de nosotros, una señora leía un libro; en su piel se podían leer perfectamente las huellas de haber parido, la gravedad haciendo su trabajo sin piedad. Más a lo lejos, un hombre que caminaba hacia el agua apoyado en un bastón. Cojeaba bastante. Iba desnudo y le importaba un pito.

Nadie miraba a nadie. Todos ajenos a lo que hacía el resto de gente, sin juzgar. Exactamente como siempre ha sido en mi recuerdo el ambiente de las playas nudistas, esos lugares mágicos donde a la gente le importa un bledo tu aspecto físico.

Si las miradas se cruzaban por casualidad, solo era para decir un "buenos días", para iniciar una charla tonta sobre la temperatura del agua o simplemente compartir una sonrisa. Comprobé con un alivio inmenso que la esencia salvaje de la playa de Cantarriján seguía siendo exactamente la misma.

Cada minuto que pasaba estaba más y más incómoda, sudando con mi camiseta extragrande. Tenía unas ganas locas, casi primitivas, de meterme en el agua. Necesitaba un baño liberador. En ese momento cerré los ojos y pensé de golpe en lo que el nudismo me había enseñado toda la vida: que la desnudez no va de buscar la perfección, ni de ser una modelo de revista. Va de ser de verdad. De honestidad pura y dura. Mi cuerpo no estaba roto ni era incompleto, ¡joder, estaba vivido! Esconder mis cicatrices era como escupir sobre la vida que tanto me había costado salvar.

Busqué la mirada cómplice de mi chico. Él me sonrió y entendió que era el momento. Toda temblorosa, me levanté.

Me quité mi camiseta por la cabeza y la tiré muy lejos en un arrebato de rabia (casi le cae encima a la pobre mujer que estaba leyendo, por cierto). Tomé su mano, creo que con mucha más fuerza que cuando llegamos, y empezamos a caminar juntos hasta la orilla del mar.

Estaba ahí. De pie. Desnuda.

Quizás incompleta para el resto del mundo ahí fuera, pero jodidamente firme y de una pieza frente al mar de Alborán.

El sol me dio de lleno en la cicatriz, calentándola. Se sintió como un beso, como una voz diciéndome "no tengas vergüenza". Como una especie de perdón cósmico. En ese preciso momento sentí físicamente como si me quitaran una mochila de cien kilos de la espalda. ¡Uf, qué alivio tan bestia!

Yo me esperaba alguna mirada de compasión. Un susurro. Un rechazo. Pero no pasó absolutamente nada. La pareja de las palas seguía a lo suyo, pum, pum, golpeando la bola. Los paseantes seguían caminando. La mujer del libro seguía leyendo como si mi gran hazaña épica no le importara a nadie en el universo. El mundo seguía girando, sí, pero para mí era una pequeña, grandísima victoria personal.

Las piedras redondas de Cantarriján duelen bastante en las plantas de los pies cuando caminas descalza, pero me daba igual. En ese instante el dolor era un placer, una conexión terrenal que hacía muchísimo tiempo que no sentía. Me gustaba.

El agua estaba fría, pero a mí me encanta así. Te activa todos y cada uno de los sentidos, te recuerda que estás viva. Fui entrando muy despacio. Pies, rodillas, cintura, pecho... hasta sumergirme totalmente bajo la superficie. El silencio del agua me envolvió por completo. Me sentí "yo" otra vez. Con el abrazo del agua fresca, mis cicatrices dejaron de ser heridas abiertas; se convirtieron solo en las marcas de una puta batalla que, al final, gané yo.

Salí a coger aire y miré a mi pareja en la orilla.

Sentía una gratitud enorme hacia él por estar a mi lado, cuidándome y sacándome del pozo durante todo este proceso. Miré hacia la playa. Mi playa. Por primera vez en muchísimo tiempo no sentí ni una gota de vergüenza por mi cuerpo. Solo sentí gratitud y un respeto absoluto por haberme mantenido con vida.

Sonreí con toda la cara.

Él vino hacia mí y nos fundimos en un abrazo inmenso, llorando los dos, allí mismo, con el agua por la cintura.

Para mí, aquel día, la Playa Nudista de Cantarriján dejó de ser solo una simple playa bonita en la costa andaluza. Fue el sitio exacto donde me perdoné.

Donde volví a ser yo misma. Donde por fin entendí que desnudarse no es solo quitarte una prenda de ropa; es mucho más. Es quitarte los prejuicios de encima, es tener el valor inmenso de vivir en tu propia piel y, sobre todo, no pedirle disculpas a nadie por ello.

*Luz de Alborán*



# MÁS ALLÁ DEL ADIÓS

Cuando te fuiste, el mundo siguió girando...aunque ya no para mí.

Todo había quedado suspendido en ese instante en el que aprendí, de la forma más cruel posible, que el amor también hace que duela hasta romperte en mil pedazos. Pedazos hechos de las promesas que nunca llegamos a cumplir y que hoy son heridas abiertas. De las palabras que se quedaron atrapadas entre mi pecho y el tiempo...

Y entre todos esos fragmentos esparcidos, mi querida Cantarriján. Ese paraíso al que quise llevarte se convirtió en un eco constante de tu ausencia. Quizá por eso, cuando el dolor se volvió una carga demasiado pesada, mi mente -o algo más- decidió llevarme por fin hasta allí contigo.

No sé si fue real o lo soñé. Lo que sí sé es que, desde aquella noche, hubo un antes y un después en mi forma de respirar el mundo.

I.

Recuerdo que desperté con sal en los labios.

No era posible, pensé. Y, sin embargo, ahí estaba ese sabor leve, antiguo, como si el mismísimo mar hubiese venido a buscarme hasta la cama. Miré tu foto en mi mesilla de noche y cerré los ojos otra vez, intentando rescatar el hilo del sueño antes de que se rompiera del todo... y entonces volví.

Volví a ti.

II.

El sol avanzaba despacio sobre la loma de roca y el verde de la maleza en Cantarriján, derramando una cálida luz dorada que parecía estar hecha para quedarse a vivir en mi piel. No había nadie más. Tan solo el rumor de las olas golpeando con dulzura sobre la orilla, el susurro del viento entre las viejas pinedas de la ladera... y nosotros.

Desnudos.

Pero no era solo desnudez física. Era otra cosa. Como si, por fin, hubiéramos aprendido a no necesitar lo superficial de este mundo.

Mirabas todo lo que te rodeaba y tu rostro reflejaba una felicidad que ni mil palabras sabrían expresar.

-Sabía que te gustaría -te dije, con una sonrisa que me nacía sola- Siempre supe que este sitio era para ti.

Me miraste en silencio unos segundos. Con esa forma tuya única de mirar. Buscando en mi alma algo más allá de lo que mi cuerpo te mostraba.

Es más que eso -respondiste al fin, con una calma que siempre me desarmaba- Siento como si ya hubiera estado aquí antes. Todo es nuevo, pero a la vez conocido.

Reí bajito.

-Y quizás has estado. Te hablé de Cantarriján tantas veces que al final te has aprendido el camino de memoria.

Caminamos despacio por la orilla. El agua nos acariciaba los tobillos, fría al principio, pero luego apenas tibia. Yo te observaba de reojo, esperando ese momento en el que algo te conquistara del todo.

No tardó.

Te detuviste. Miraste el horizonte e inspiraste hondo.

-Aquí el aire es distinto -dijiste-, como si al respirarlo todo se volviera más ligero y nada pudiera pesar.

-Eso es Cantarriján -respondí- Te lo dije... aquí uno se quita más que la ropa.

Giraste la cabeza hacia mí, curioso.

- ¿Como qué?

Me acerqué un poco más. Sentía que cada palabra era importante, como si en ese sueño pudiera por fin darte todo lo que la vida nos dejó a medias.

-El miedo. Las máscaras. Las expectativas... Todo eso que también nos aprieta por dentro, aquí se cae solo.

Tus labios dibujaron esa media sonrisa que tanto echo de menos.

-Entonces entiendo por qué querías traerme.

-No -susurré- No es solo por eso.

Guardé silencio un instante. El mar rompía suavemente detrás de nosotros.

-Es porque aquí soy yo de verdad. Sin adornos. Sin ruidos. Sin pantallas de teléfono de por medio. Sin dar explicaciones a nadie. Y quería que me conocieras así... tal y como soy en realidad.

Te acercaste entonces. Lo suficiente como para que pudiera sentir tu calor, tu presencia, el olor de tu piel...lo suficiente como para doler.

-Pero yo ya te conocía -me dijiste en voz baja- Incluso cuando tú creías que no.  
Tragué saliva.

-No tuve tiempo de enseñártelo todo, de decirte todo lo que hubiera querido...

-El tiempo no importa -interrumpiste tú con suavidad- Pero eso siempre lo supimos, ¿verdad?.

Asentí, aunque me temblaba la voz por dentro.

-Siempre daré gracias al Universo por encontrarnos en el camino...

-...aunque el camino no fuera largo -completaste tú- Pero aquí estamos, sin depender de nada más que de nuestras miradas. Dime todo lo que hubieras querido decirme.

Y entonces, como si el sueño quisiera hacerme justicia, pude al fin decirte todo lo que me guardé.

|||. .

Nos sentamos sobre la arena, que aún conservaba el calor del día. Yo recogí las piernas, abrazándolas, mirándote con el miedo de que tu imagen se difuminara de un momento a otro.

-Te conté tantas historias de este sitio... -empecé-. Pero nunca te dije lo que de verdad significaba.

-Cuéntamelo ahora.

Tu voz era tan real, que me dolía el corazón.

-Aquí aprendí a no esconderme de mi misma. La primera vez que vine... tenía miedo. De todo. De mi cuerpo, de las miradas, de no encajar. Y de pronto... nadie miraba. O mejor dicho... nadie me juzgaba.

Me observabas con atención, sin interrumpir.

-Fue la primera vez que probé la libertad de verdad. No esa libertad que se dice... sino la que se siente en la propia piel y te atraviesa. Como si el aire mismo te diera un abrazo.

Sonreí, aunque mis ojos empezaban a empañarse.

-Quería compartir eso contigo. Quería verte aquí, así... sin dolor. Sabiendo que estás en paz.

-Y así me estás viendo.

Negué con la cabeza, mientras un atisbo de tristeza se dibujaba en mi rostro.

-No es lo mismo.

Te inclinaste un poco hacia mí.

- ¿Por qué?

Te observé entonces. De frente.

-Porque esto es un sueño... y tú...

No pude terminar la frase, pero tú lo hiciste por mí.

-Y tú ya no estás...¿es lo que ibas a decir?

Asentí sin poder mirarte.

El silencio se hizo más denso que el mar.

Pero ese silencio no dolía tanto como en la vigilia. Era un dolor suave, casi dulce. Como si la tristeza supiera al fin mostrarme cierta compasión.

-Me costó tanto amor dejarte ir... -te susurré.

-No me has dejado ir del todo.

-A veces siento que vienes aquí -continué- Que pasas a mi lado en silencio. Que te sientas en aquella roca, imaginando que me miras.

-A veces no es tu imaginación.

Levanté la vista de golpe.

- ¿Qué quieres decir?

Sonreíste, pero no respondiste directamente.

- ¿Tú qué crees?

Negué, confundida.

-Creo que te necesito tanto, que mi cabeza inventa ya cualquier cosa.

-O quizá -dijiste- el amor no entiende de ausencias.

Algo se me rompió por dentro.

-No es justo -murmuré- Teníamos mucho por vivir... tantas cosas pendientes...Yo quería traerte aquí de verdad. Caminar contigo, bañarnos, reírnos... escuchar tus comentarios sobre todo.

Reí entre lágrimas.

-Te habría encantado este sitio. Estoy segura.

- ¡Claro que me encanta! -dijiste- Mírame.

Lo hice.

Y por un segundo- solo uno -no tuve ninguna duda. No fue recuerdo, ni deseo, ni proyección.

Eras tú.

Y estabas de verdad aquí. Conmigo.

## IV.

El sol ya casi tocaba el horizonte cuando me tendiste la mano.

-Ven.

La tomé sin pensármelo.

Caminamos hacia el agua, esta vez sin detenernos. Las olas subían poco a poco por nuestras piernas, nuestras caderas... hasta que el mar nos abrazó enteros.

-Siempre tuve curiosidad por esto- dijiste, riendo suavemente.

- ¿Por bañarte desnudo en el mar? Se de sobra que esta no es tu primera vez.

-Por sentirme libre aquí, a tu lado, sin tener que pensar ni entender por qué.

Me acerqué más, mientras el agua danzaba entre nosotros.

-No hace falta entenderlo todo.

-Eso también me lo enseñaste tú -dijiste rozándome la mejilla.

Nos quedamos en silencio. Abrazados. El mar nos mecía con suavidad.

-Tengo miedo de olvidarte -te confesé de pronto.

Tú negaste despacio.

-Eso no va a pasar.

-Pero el tiempo...

-El tiempo solo transforma lo que vemos-dijiste-, pero jamás podrá alterar lo que es verdadero.

Y me miraste con una ternura infinita.

-Yo estoy y estaré siempre, en todo lo que compartimos y seguiremos compartiendo. En cada historia que me contaste y en las muchas que aún me has de contar. En este lugar y en todos aquellos a los que vayas.

Lloré. Esta vez sin contenerme.

-No quiero despertarme.

-Lo harás.

-Ya lo sé...

Apreté tu mano con fuerza.

- ¿Y tú?.

Sonreíste. Con esa serenidad tuya de siempre.

-Yo no me voy. Solo cambio de sitio.

- ¿A dónde?.

Llevaste tu mano hasta mi pecho, con una delicadeza que me desarmó.

-Aquí. Eternamente aquí.

Cerré los ojos y sentí cada poro de tu piel sobre la mía.

- ¿Volverás conmigo a Cantarriján?

-Siempre, mi amor- Y tus labios se cerraron sobre los míos.

## V.

Desperté.

La habitación estaba en silencio. Las primeras luces del alba apenas se colaban por la ventana de mi habitación. Respiré hondo y volví a sentir el sabor de la sal. La de tus labios.

Sonreí entre lágrimas.

No sé si fue real o lo soñé. Pero sé que algo cambió esa noche.

Porque ahora, cuando pienso en ti, ya no solo hay dolor.

También hay paz.

Comprendí que estarás conmigo en cada rincón, tendido ante la luz de un fugaz amanecer o en el susurro infinito de las olas que ya no solo suenan... sino que laten en mi interior, muy dentro, donde mi corazón ha aprendido a recordarte sin la herida de la ausencia.

Porque ahora, cuando regrese a Cantarriján, sé que nunca volveré a hacerlo sola.

*Alma Libre*



# LA NIÑA DE MIS OJOS

Aquel inicio del verano de 1936 parecía suspendido en una luz extraña, como si el tiempo hubiese decidido caminar más despacio por la costa granadina.

Federico llegó en esos días a Almuñécar buscando el mismo refugio de siempre; el rumor del mar, el olor a sal y las tardes largas donde el pensamiento se vuelve más claro.

Recibió, jornadas después, la visita de su confidente y amigo Eduardo. Con el abrazo de quien presiente que cada encuentro podría ser el último, aunque ninguno de los dos se atreviera a decirlo.

-Hoy te llevo a un sitio especial, Eduardito -le dijo Federico una mañana temprana-. Un rincón que parece guardado por los mismísimos dioses sobre los que escribía Hesíodo<sup>1</sup>.

Caminaron un buen trecho dejando el pueblo atrás, por senderos de tierra caliente y viejos cortijos de labranza, hasta que el paisaje se abrió de pronto en la belleza salvaje de un agreste paraje conocido por los lugareños como Cantarriján.

El mar brillaba como una lámina de cobalto recién pulida, centelleando sobre el verde vivo y la arenisca grisácea de la playa. Y el silencio, sólo era interrumpido por el suave susurro del golpear de las olas contra la orilla.

Federico permaneció unos instantes sin hablar, casi conteniendo su respiración. Miraba aquella ribera con la urgencia de quien quiere retener en su memoria cada canto, cada recodo y el eco de cada sonido.

-Hay lugares que no son de este mundo, Eduardo -dijo finalmente-. Como un santuario de mareas que cuentan recuerdos que todavía no han ocurrido.

En los días que siguieron, regresaron a Cantarriján una y otra vez, pues la playa los había hecho suyos sin mediar palabra.

(1) Poeta, escritor y mitógrafo griego del siglo IX a.C

Federico parecía otro allí. Caminaba desnudo durante largos ratos, escuchaba el rumor del agua con los ojos cerrados y decía que, con el cuerpo al aire, el mar le ordenaba los pensamientos como el que acomoda papeles sobre una mesa.

- ¡Si me viera ahora mi "cenicitas"<sup>2</sup>!  
¡Con lo que me peleaba para quedarme en carne viva bajo aquel sol ardiente de Cadaqués! - y su risa sonó al tintinear de los cascabeles de una zambra.

Una tarde, mientras contemplaban el atardecer encendiendo de rojo las rocas, Eduardo le preguntó:

- ¿En qué piensas tanto cuando miras el mar?

Federico sonrió levemente.

-En que todas mis obras han nacido de lugares así...de emociones que ni la mente alcanza a contener. *Bodas de sangre* tiene la savia ardiente de Andalucía; *Yerma* el silencio de su opresión, pero aquí... -se quedó prendido al horizonte- ...aquí siento algo distinto, como si todavía quedaran palabras que no he escrito y que ni sé si sabría hacerlo.

Federico guardó un instante de silencio, meditando las palabras que vendrían, y después continuó.

-Este mar me recuerda, mi querido amigo, que un verso, para ser digno, ha de tener sus entrañas vivas; como en los Cantares de gesta o en aquellos romances antiguos del Romancero Viejo<sup>3</sup>, que en boca aún resuenan a hierro y a tierra mojada. El mundo de hoy ha elegido lo contrario - versos huecos y sin latido-, pero el poema que no sangra no es poema de verdad.

La última tarde, se sentaron al llegar sobre unas piedras tibias. El viento traía olor a algas y a verano en plenitud.

- Eduardo, tú ya sabes que las cosas se están poniendo difíciles, ¿verdad? - dijo Federico con serena amargura- Tengo el presentimiento de que quizá no vuelva nunca aquí.

(2) Expresión que usó en una de sus muchas cartas a Salvador Dalí, haciendo referencia a su obra "Los esfuerzos estériles" en la que el propio Lorca influyó. Dalí cambió de nombre el cuadro por el de "cenicitas" tras recibir la carta del poeta.

(3) Conjunto de poemas narrativos anónimos de transmisión oral compuestos en España entre los siglos XIV y XVI

No sé por qué, pero lo siento así... como un poema que va a terminar y sabes que ya no habrá otra estrofa.

Eduardo lo miró con inquietud.

-No digas tonterías, hombre. Las cosas mejorarán y volveremos mil veces.

Federico negó suavemente con la cabeza.

-Las cosas mejorarán, pero ¡Ay, la dicha siempre viene precedida de desventura antes de transmutarse! - dijo alegando con cierta melancolía.

Si no vuelvo, -continuó, contemplando la lejanía- al menos me quedarán estos días, esta playa... Le tengo un cariño especial, una devoción difícil de explicar.

Es un lugar muy valioso para mí, es un refugio...es como...- retiró la vista de la línea donde el mar besa al cielo y la entregó a los ojos de Eduardo- ...cuando conversamos y al mirarte, el mundo deja de hacer ruido.

Federico calló un instante. Cerró los ojos y, mientras un destello de dulzura florecía en sus labios, comenzó a recitar:

*Por fin estoy donde mis miedos desaparecen,  
y ya no tiemblo como un olivo callado.  
La tranquilidad se posa en mi pecho,  
como hace un pajarillo que encuentra su rama.*

*En este rincón de sal y de luna,  
como un lucero clavado en mi sangre,  
tu mirada alumbra tan alto  
que la sombra, huye corriendo descalza.*

*Fuego que no destruye,  
claridad que ya me guarda,  
donde arde eterna sin consumirse  
la niña de mis ojos.*

Después, se levantó despacio. Se quitó la ropa y la dejó cuidadosamente doblada sobre la arena.

Entró en el mar desnudo, con la serenidad de quien regresa al hogar. Eduardo, aún con una sonrisa prendida por los improvisados versos de su amigo, se levantó e hizo lo mismo.

Y durante horas nadaron, rieron y hablaron de teatro, de su amado Sacromonte y de proyectos que, en ese instante suspendido en el tiempo, se antojaban todavía posibles.

El sol comenzaba a inclinarse fugazmente hacia la tarde.

-Federico, deberíamos irnos ya -dijo Eduardo-. Pronto se nos hará de noche y el camino hasta el hotel es largo. Y mañana regresamos a Granada.

-Vete tú si quieres -respondió él recostándose en la orilla- Quiero quedarme un rato más, a solas. Pierde cuidado. Aquellos conocidos que andan recogiendo sus redes -dijo señalando a un grupo de pescadores que, con serena paciencia, ordenaba sus aparejos- me acercarán luego hasta el Palace<sup>4</sup> y allí nos veremos.

Eduardo vaciló unos instantes, como si el rumor de las olas le susurrara dudas al oído; pero al fin inclinó la cabeza y comenzó, despacio, a cubrir la desnudez de su piel. Antes de que su amigo marchase, Federico añadió:

-Si algún día vuelves aquí...acuérdate de estos momentos. Los lugares también guardan lo que fuimos en ellos.

- Querrás decir "cuando volvamos"- le corrigió su amigo.

Él lo miró un momento, y su férrea certeza le templó la voz.

-Sí...tienes razón. Cuando volvamos.

Aquella noche, cuando el cielo se cubrió de estrellas y el rumor del mar comenzó a tornarse más grave, Federico regresó finalmente al hotel.

Y al despuntar el alba, ambos volvieron juntos a Granada, tal y como tenían previsto.

4) Emblemático y lujoso hotel de Almuñécar, durante la década de 1930, ubicado en la zona del Paseo del Altillio

Pasaron las semanas y llegaron las aciagas noticias que nadie quería creer. El nombre de Federico se convirtió en un silencio doloroso que recorría toda la provincia como una sombra. Se supo que había sido llevado lejos de la ciudad, en la oscuridad de una madrugada sin testigos, y que su vida fue apagada junto a la de varios hombres cuyo único delito había sido pensar y sentir de manera distinta a la de otros.

Sin juicio. Sin despedidas. Dejando en quienes le conocían una profunda herida; pues no sólo habían perdido al amigo y al poeta cercano, sino a aquella voz que había sabido decir, con la claridad y la belleza de las palabras cinceladas en mármol, lo que muchos callaban por zozobras y atormentos.

No fue hasta algunos años después de la Guerra que Eduardo cobró ánimos para regresar a Cantarriján. El camino seguía siendo el mismo, el mar seguía respirando igual, pero algo en el mundo parecía mucho más antiguo.

Caminó despacio por la orilla hasta detenerse frente a un muro de piedra milenario al final de la playa, cerca de donde solían plantar las toallas y donde Eduardo vio la sonrisa de Federico por última vez, desnudo y radiante.

Allí, grabadas con trazo firme, se leían unas palabras que parecían tan recientes como el rocío de aquella misma mañana y, a la vez, tan viejas como la luna:

*La niña de mis ojos*

Eduardo se alzó sobre un saliente de piedra y pasó la mano sobre la inscripción, como quien toca una herida abierta y da una caricia al mismo tiempo.

Con los párpados vencidos por el llanto, miró el horizonte. Y, por un fugaz instante, creyó ver a su amigo adentrándose otra vez en las aguas luminosas de aquel verano del 36, con esa calma que sólo tienen quienes saben que la memoria será más larga que la misma vida.

Y si algún día tú también caminas por esa playa, cuando la tarde se torne en ámbar y el sol, ya cansado de su viaje, incline su luz sobre olas tranquilas, todavía podrás leer su promesa de amor tallada en la piel de piedra de Cantarriján. Como un eterno susurro sellado en el tiempo, más allá de este mundo y de sus fronteras, que ni el mar ni el viento se atreverían jamás a borrar.



*Irene Larra*



LA NIÑA  
DE MIS  
OJOS

# JARTARSE

Entre silencios me oculto.

Silencios primitivos donde impera mi subconsciente acaeciendo mi lealtad.

Lealtad a mí mismo, a mis principios, pero con temor a herir mi dignidad.

Dignidad intacta pero no libre de prejuicios, que mi prudencia ajusta a comentarios banales de aquel que cree tener a su juicio la razón.

¿Tendré valor de mostrar al mundo quién soy?

¿Quién soy yo para subestimarme?

¿Quién soy yo para negarme a la evidencia de mi liberación?

Con inquietud deliberan mis pensamientos que de una forma u otra indagan mi subconsciente alojando en él toda responsabilidad de mis actos aprensivos.

¿Por qué ocultar? ¿Por qué dar explicación de tal cual me siento y soy?

Si yo me siento libre al desnudo ¿porque tú me tienes que juzgar?

Mis pies se asientan en la arena, percibo emociones que brinda días realmente vividos que den sentido a mi bienestar. Pero aquí, en las playas de Cantarriján no inquirí dichas emociones, porque aquí las emociones me hallaron a mí, te atrapan sin previo aviso, haciéndose con todos tus sentidos. Gusto, tacto, olfato, vista y oído.

Te sientes libre, mientras tus pies posados, lentamente desaparecen en la arena. El aroma desprendido por la majestuosidad de vientos de levante que, distinto al de poniente al cual más inspirador, en el que en tu remanso de paz inspira una bocanada de liberación provocada al azar, mientras tanto, alzas la mirada admirando el encanto del lugar y un susurro provocado por una suave algarabía deleita tus oídos con una frase, 'otra vez tus sueños hecho realidad'...

Y así, totalmente entregado al paraje de Cantarrián, es como vas complaciendo uno por uno todos tus sentidos. Sientes una sosegada felicidad que más que deseada es inspirada, inhalada por tu alma.

La sangre me enerva, me indigno. Me altero por cuáles comentarios mis oídos hacen de oír. Argumentos que más allá de la lógica, de contexto al margen estan. Pero me detengo, pienso, medito. Sé quién soy, sé de mi conciencia intacta por mi carácter forjado tras años de autoconocimiento. Caigo en la cuenta. No, no soy yo, eres tú, tu mente no está preparada para vislumbrar mi filosofía. No te lo voy a hacer entender, para qué, simplemente no lo entenderías. Porque lo mismo que el fuego nunca ateriría, ni el hielo forjaría una espada, por esa teoría, tu filosofía jamás será como la mía.

Yo lo comprendo. No juzgo, no me juzgues. Yo respeto, ten tú el mismo respeto. Y si no lo tienes no se trata de nudismo se trata de civismo. Entonces me tranquilizó y recapacito. Yo tengo algo que tu no posees, poseo libertad mental, dignificación de mis principios y gracias a personas afines a mí, siento un arropamiento tan amistoso cual poemas leídos nos deleitan encaminados a un fin, un fin de medrar nuestros corazones.

Me tumbo cara al sol, mi cuerpo desnudo goza del roce de la arena, vislumbro la magnífica vista que me ofrece nuestra bóveda celeste. Cierro los ojos. Silencio. Mis sentidos amainan lentamente y, ante tal escenario, mi estrés, el que mantiene una relación amor odio con mi sosiego, sucumbe ante el tintineo del mar junto al bullicio mudo que la naturaleza nos ofrece, transportando mi estado anímico a un remanso de paz, donde el estrés no tiene cabida ante el sosiego que me transmite Cantarrián.

Inconscientemente me sumerjo en pensamientos, no lo puedo evitar, somos así, pensadores natos... Inverosímil resulta creer actualmente en igualdad, respeto y tolerancia que en teoría disponemos hoy en día y posiblemente sea un espejismo de la verdadera realidad. Cierto es que cuantiosos son tolerantes con nuestro estilo de vida, pero otros tantos no, y por ello no debemos concederles voz.

Fijémonos, apoyémonos entre nosotros y de quien no comparte nuestra filosofía, pero, aun así, muestran respeto ante el naturismo. Ciertamente es que en la sociedad actual es impensable convivir nuestro estilo de vida con los demás. Pero quedémonos con lo bueno, disfrutemos de nuestros momentos en buena compañía con gente afines a nosotros.

No podemos estar en constantes disputas con el que no comparte nuestra forma de ver la vida, pero lo que sí podemos hacer es conectar con nuestros semejantes, compartir vivencias, disfrutar entre nosotros e ignorar lo que nos hace discrepar. Por qué como el dicho dice 'la vida son dos días' ¿y tú, como la piensas rendir? Yo sí lo sé. Disfrutaré cada momento, disfrutaré de días en los que puedo ser yo mismo sin fijarme en el prójimo que no comparte mi filosofía, si no fijándome en el que sí lo comparte. Porque de una manera u otra corre el tiempo sin avisar, sin apenas darnos cuenta hasta...

Que nos paramos a pensar y lo percibimos, percibimos los días, los meses, los años pasados. Es el momento que vivimos el que poseemos y atrás va quedando retales de vida que recordamos con añoro, con añoro y felicidad de haber estado ahí, con tus semejantes. Días que no quieres que transcurran, pero transcurren, días que no tienen frenos. Solo nos queda la opción de pedalear manteniendo el equilibrio y mientras pedaleamos debemos disfrutar del camino con todos los que puedas porque algún día y sin previo aviso llegarán anocheceres sin amaneceres.

Pero mientras tanto disfruta de tu entorno, curioseas y observa todo tu alrededor, regocíjate de los que te acompañan, de los que tú acompañas hasta "jartarte".

Vive, regocíjate, deléitate. Porque tanto lo bueno como lo malo pasa, el tiempo pasa sin avisar. Ya he dejado tiempo atrás, disfrutaré del tiempo futuro y viviré el presente.

Hoy estoy aquí con ustedes y es un momento irrepetible, disfrutaré de este día, me olvidaré de ideologías y solo disfrutaré de quién me rodea y transmite buenas sensaciones.

Porque tú, solo tú, posees la llave impoluta del umbral de tu destino.

Y un buen sitio para comenzar es aquí, en Cantarriján.

La desnudez madura al son de la experiencia.

*De Angel*



## EL EMBRUJO EN EL PECHO

Cuando sonó el despertador a las seis y cuarto, salté de la cama con una ilusión inusitada. El día era típicamente veraniego, aunque la mañana aún permanecía algo fresca. Era el tiempo ideal para llevar a cabo el plan previsto: pasar la jornada en la playa. Aunque en esta ocasión sería diferente: por primera vez me disponía a visitar una playa nudista, algo que nunca antes había entrado ni en la más remota de mis intenciones, de no ser por la insistencia de mi amigo Jorge, pero ahora sentía que algo en mi vida había cambiado y que tal vez era el momento de probar nuevas experiencias.

—Buenos días, ¿preparada para la aventura? —dijo Jorge al llegar a recogerme con puntualidad británica.

—Preparada.

—Vamos sobrados de tiempo. Si te parece paramos a desayunar en algún sitio.

—Perfecto. Hoy eres tú mi guía.

Si bien era la misma persona, aquel Jorge no me recordaba al muchacho tímido que conocí en el primer curso del instituto, y que no me quitaba el ojo de encima ya fuera en clase, en el recreo o en el camino que hacíamos juntos para volver a casa. El Jorge que veía hoy era un hombre más íntegro, más seguro de sí mismo y al que no le importaba reconocer lo enamorado que estuvo de mí en el pasado.

—Te veo muy bien esta mañana, Jorge.

—Gracias, y lo estoy. Me hace mucha ilusión que vengas conmigo a Cantarriján, con el trabajo que me ha costado convencerte. En pocas horas experimentarás ese embrujo del que tanto te he hablado, cuando la brisa, el sol y el frescor del agua del mar acaricien tu cuerpo desnudo. Ya verás cómo no te arrepientes.

—¿Recuerdas la primera vez que me lo dijiste?

—Sí. Hace más de dos años, cuando nos encontramos en aquella cafetería después de tanto tiempo sin vernos.

Estabas con tu hermana y tu cuñado y no sé cómo la conversación nos llevó hasta allí. Al principio os reísteis todos, y hoy, sin embargo, aquí estás.

—Nunca se puede decir nunca jamás, sobre todo cuando las circunstancias te hacen ver la vida de otra manera.

Solo dos meses después de comenzar el curso, dejé los estudios y me puse a trabajar en una tienda de ropa del centro de la ciudad. Quería ganar dinero cuanto antes y los estudios me estorbaban. A ciertas edades queremos vivir demasiado deprisa. Al principio, Jorge se hacía el enconradizo coincidiendo con el cierre de la tienda, a eso de las ocho y media de la tarde, para subir conmigo hacia el barrio. Después cambié de trabajo y nos perdimos la pista hasta ese reencuentro que ahora recordábamos con cariño en el coche.

El tráfico en la A-44 era intenso, pero fluido, sobre todo en el sentido en que viajábamos nosotros, rumbo a la Costa Tropical. Paramos en una cafetería a mitad de camino para desayunar. Jorge no vaciló un instante en recordarme las explicaciones sobre el nudismo que tantas veces me había repetido en encuentros anteriores y que habían terminado por convencerme.

—Al principio a todo el mundo le cuesta. Es normal. Nuestra cultura nos ha enseñado a avergonzarnos de nuestro cuerpo. Pero cuando te desnudas en plena naturaleza por primera vez y sientes que todo el mundo allí está en tu mismo rollo, el pudor desaparece y sientes como si te hubieras quitado un peso de encima. Cuando lleguemos tómate el tiempo que necesites. Nadie te va a presionar para que te desnudes inmediatamente. Hazlo con naturalidad y sin prisa. No te sientas juzgada en ningún momento.

—Me hace gracia la de veces que me has dicho todo esto — Jorge sonrió—.

—Además, ya verás qué majos son mis compis de la asociación. Te van a recibir con los brazos abiertos. Cuando les dije que iba a ir acompañado se pusieron locos de contentos. “Tenemos un nuevo fichaje”, me dijo Alberto

dándome una palmadita en la espalda la última vez que estuve con ellos.

—Me hacía falta vivir algo nuevo y me alegra que hayas llegado tú para ayudarme a descubrirlo. A fin de cuentas, de una manera o de otra, siempre has estado ahí.

Los años en los que Jorge y yo nos perdimos la pista fueron algo inestables para mí. Lo mejor de todo mis dos hijos, fruto de mi primer matrimonio. Más tarde vinieron los malos momentos y la separación. Poco después, un segundo matrimonio, también fallido, me hizo llegar a la conclusión de que debía continuar mi camino sola. Nunca faltaron de mi lado mi hermana y mi cuñado, sobre todo en los momentos más difíciles. Tampoco faltó Jorge desde aquel primer encuentro, al que le siguieron otros muchos en los que se convirtió en mi mejor amigo y uno de mis apoyos más fiables. A veces me pregunto si aún seguiré enamorado de mí. Casi prefiero no saberlo. Por nada del mundo desearía hacerle daño.

Después del desayuno, el calor comenzaba a apretar. Al mirar hacia la autovía parecía como si el tráfico se hubiera intensificado, pero una vez en el coche vimos que seguía siendo fluido. El resto del camino fue relajado y placentero. Jorge subió el volumen del reproductor y aparcamos por un rato la conversación para dejarnos envolver por la música. Una hora después llegamos a nuestro destino.

Desde el aparcamiento, una enorme explanada junto a la N340, pude observar la singularidad y contraste del paisaje, tal y como me lo había anunciado Jorge. A un lado de la carretera un terreno abrupto, con una rica flora. Unas cabras montesas se paseaban por el monte justo en ese momento. Un ave rapaz —tal vez un águila perdicera o culebrera— como las que suelen habitar el paisaje, las vigilaba desde el cielo con su majestuoso vuelo. Al otro, en el horizonte, el siempre imponente mar Mediterráneo, que inmortalizara Serrat en una de sus mejores canciones. Para llegar a la playa era preciso dejar el coche allí y tomar un microbús que recorría, por una sinuosa cuesta abajo, el escaso kilómetro y medio que nos separaba de ella. Poco a poco fueron llegando los primeros compañeros

de Jorge, con sus mochilas, sus hamacas, sus neveras, sus sombrillas... Jorge no dudó un instante en presentármelos.

—Bienvenida, soy Marga. ¿Es la primera vez que vienes?

—Encantada. Soy Ana. Sí, es la primera.

—No será la última —añadió un desconocido—. Me llamo Alberto.

—Ya me ocuparé yo de eso —dijo Jorge.

—Ya no te necesito —dije mientras le sacaba la lengua y le guiñaba el ojo al mismo tiempo.

A las nueve de la mañana llegó el primer microbús. Jorge, sus amigos y yo ocupamos todos los asientos, dejando a la espera del siguiente a la gente que poco a poco iba llenando la parada. En apenas cinco minutos llegamos a la playa. Estaba casi desierta. Era demasiado temprano. Comenzamos a colocar nuestras hamacas, sombrillas y demás enseres en primera línea, junto al mar.

—Lo hacemos así para hacernos visibles —me aclaró Jorge—. Aún hay mucha gente que condena el nudismo y aun así vienen a las playas nudistas. A veces hasta nos increpan por estar desnudos. Nos ponemos en primera línea de playa para que nos vean y sepan que no tenemos nada de qué avergonzarnos.

—No entiendo por qué la gente se empeña en condenar lo que no entiende, en lugar de respetarlo —afirmé.

En pocos minutos fueron llegando más autobuses y el lugar comenzó a poblarse, especialmente con otros compañeros y compañeras de Jorge. Se fueron desnudando mientras se saludaban entre risas y bromas. Él fue uno de los primeros en hacerlo. Yo aún permanecí algunos minutos vestida, sentada en mi hamaca, ligeramente ladeada, dejando a mis espaldas a mi amigo y sus compañeros. Quedé tan admirada por la belleza del paisaje, que me detuve a contemplarlo antes de desnudarme. Nadie en ese tiempo me apremió para

que lo hiciera. Me despojé del pantalón corto, la camiseta y, finalmente, la ropa interior. En ese momento llegó Jorge y me condujo hacia su grupo de amigos.

—Os presento a Ana, nuestra nueva incorporación.

—Encantada, soy Lucía.

—Bienvenida. Me llamo Pedro.

—Juan...

—Mari Ángeles...

Uno por uno se fueron acercando a mí y, cada cual, a su manera, me dio la bienvenida; todos con una sonrisa y mirándome a los ojos a la hora de saludarme. Nadie miró a ninguna otra parte de mi cuerpo ni hizo gesto alguno de sorpresa al observar la cicatriz que ocupaba el lugar de mi pecho izquierdo, extirpado un año antes debido a un cáncer de mama, ahora completamente superado. Esa cicatriz, que llegué a odiar frente al espejo en los primeros meses tras la operación, me recordaba que hoy estaba más viva que nunca.

Tras las presentaciones, me llamó la atención la presencia de un niño y una niña, de unos seis años, desnudos y con la piel clara, que llevaban piedras hacia la arena para construir un castillo con ellas. Un niño negro con bañador se acercó a ellos.

—¿Puedo jugar con vosotros?

—Claro. Tienes que traer piedras como estas —respondió la niña.

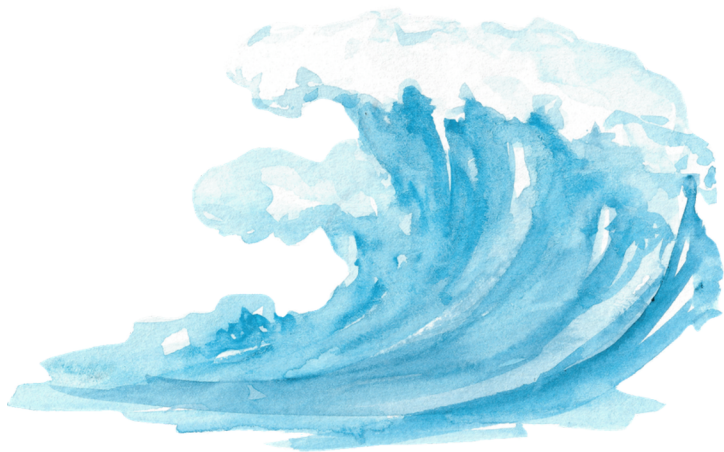
Aquella tierna imagen de tres niños jugando y riendo sin juzgarse fue la guinda que le faltaba al pastel para darme cuenta de que estaba en un lugar verdaderamente paradisiaco. El agua, además de cristalina, estaba calmada como si de una piscina gigante se tratara. Me adentré en ella y me dirigí hasta llegar junto a Jorge.

—Ahora inclínate hacia atrás y flota con los brazos y las piernas extendidas —me dijo—.

Cierra los ojos, respira profundamente y déjate llevar.

Hice todo cuanto me dijo mi amigo. Comencé a sentir el frescor del agua y la brisa acariciando mi cuerpo desnudo. Con los ojos cerrados, noté que el sol también me acariciaba. La profunda respiración me ayudó a relajarme y entonces experimenté aquello de lo que tantas veces me había hablado Jorge: el embrujo del mar. Lo sentí de la cabeza a los pies, pero sobre todo en mi pecho. En el derecho, aún firmemente adherido a mí, en la cicatriz que ocupaba el lugar del izquierdo, pero, más que en ninguna otra parte, lo sentí en mi pecho interior, ese espacio en el que los poetas dicen que residen las emociones. Me encontraba más viva que nunca y sentía por mi cuerpo y por mi persona más respeto del que jamás les había dispensado. Ignoro cuántos minutos floté inmersa en aquella calma, pero sé que fueron eternos y que el embrujo de Cantarriján me invadió por completo, mientras las gaviotas, con sus alegres graznidos, me saludaban a su paso.

*Aitana*



# NUNCA SE HABÍA SENTIDO TAN FELÍZ

Nunca se había sentido tan feliz, cómo aquel día en la playa nudista de Cantarrijan. No era la primera vez que bajaba a esta playa, ubicada en un entorno paradisiaco, pero ese día se sintió singularmente contento. Estaba rodeado de personas completamente desnudas, y la sensación de libertad era indescriptible.

Sus pensamientos le llevaron al recuerdo de su padre, pobre emigrante en Francia, que experimentaría la misma sensación que él, allá por los años sesenta, cuando los "Señoricos" de su madre les invitó a pasar un fin de semana, en una finca nudista cerca de Paris. Su madre, muy tímida y púdica, no se atrevería a desnudarse, pero su padre más osado, viviría esa experiencia, sin lugar a dudas, de manera muy gratificante para un pequeño Andaluz, poco preparado para ese tipo de costumbres.

Ellos nunca le hablaron de esas aventuras. Él sabía que les había costado mucho salir de España, e instalarse en un país extraño, del cual tenían poca información, y que el aprendizaje del idioma les levó largo tiempo. Pero él, que siempre había sido muy curioso, un día descubrió, en el fondo de un armario, unas revistas naturistas: "la vie au soleil"(1) y "Naturistes a l' Île du Levant "(2).

Fue un verdadero descubrimiento, en esa época de fotos en blanco y negro, ver a personas, hombres y mujeres, disfrutando en plena naturaleza, de sus cuerpos desnudos, divirtiéndose como niños, riendo a pulmón abierto. Eran imágenes estáticas, pero se intuía que se lo estaban pasando de maravilla.

En aquellos entonces, él era un niño. No había llegado aún a la pubertad, sin embargo, sabía que algún día, él también sería nudista, también disfrutaría de la desnudez en total libertad.

Cuando todavía vivía en su pueblo de Granada, antes de llegar a Francia, su abuela, para impedirle holgazanear por la mañana en la calle, lo dejaba en la cama sin ropa.

(1) La vie au soleil : la vida al sol

(2) Naturistes a l' Île du Levant: La Isla del Levante, es una isla Francesa en el Mediterráneo. El 90 % de la isla está ocupado por el ejército. El resto de la isla está ocupado por el Dominio naturista de Heliopolis.

Eso no era problema para él. Se escapaba corriendo y desnudo. Ya practicaba nudismo sin saberlo. Siguió creciendo, despreocupado por esa filosofía de vida. Cuanto más, ya que en las cercanías de París no había playas, hasta que construyeron un lago artificial en un recodo del río Sena.

Él acostumbraba ir de vez en cuando, los fines de semana, a ese lugar. Algunas veces con la familia, y en otras ocasiones con unos amigos. Era una zona donde se podía practicar natación, vela, esquí náutico y muchos más deportes acuáticos. A él, le atraía ese sitio porque era idóneo para el vuelo de cometas. Pues un Domingo, con sus amigos, buscando el lugar ideal para las cometas, se encontraron con un grupo de muchachos y muchachas, tomando el sol, completamente desnudos.

Estos no se molestaron en taparse, ni se ofuscaron al ver llegar tantos desconocidos. Sin dar media vuelta, él y sus compañeros, optaron por seguir su camino. Pero ese cruce fortuito, les dio conversación para rato.

Efectivamente, ese encuentro inesperado, le impactó. Por encima de todo por la naturalidad, con la que habían reaccionado aquellos naturistas. Era la segunda vez que el nudismo se cruzaba en su vida. Él ya tenía dieciséis años, pero todavía no conocía las delicias de estar en una playa, y menos la de bañarse sin ropa. Fue solo unos años más tarde cuando experimentó ese privilegio. Privilegio porque mucha gente, por miedo, por pudor o por cualquier otro motivo, no se atreve a dar el primer paso.

Alguien dijo en una ocasión que iniciarse en el nudismo, y no ocultarlo, es cómo "Salir del armario" Además se asegura que, el nudista liberado, es el nudista que se atreve a mantener una conversación, estando desnudo, con un "Textil" vestido. Es más, uno se puede considerar cómo un nudista liberado, cuando no te importa que te reconozcan en publicaciones, en redes o en la televisión.

Para él, su iniciación fue en Cantarrijan. Ya se había establecido de nuevo en España, en su tierra, y claro las playas de la Costa Tropical, no tenían ningún secreto para él. Para ser sincero, sí tenía un secreto: a la playa nudista de Cantarrijan, nunca se había acercado con su esposa, por eso, porque era nudista.

Pero él reconocía que no era por falta de curiosidad, más bien por falta de valentía. Así que cuando unos amigos les propusieron bajar a Cantarriján, aceptaron con la facilidad del que accede a algo que sabe que es para él.

Se dieron cita en la segunda cala. En aquella época, se llegaba a la playa por detrás de los chiringuitos. Era Domingo, y se encontraron en el sitio y a la hora convenidos. Allí estaban sus amigos, desnudos. Él se despojó de la ropa sin dudar, cosa que su mujer no hizo. Se quedó con la parte inferior del bikini, aunque le insistió para que se la quitara. Su amiga, sin embargo, le aconsejó de no insistir, que todo llegaría sin presiones.

Y ese día llegó. Y nunca se había sentido tan feliz, cómo aquel bendito Domingo, en su paraíso, en su playa nudista de Cantarriján.

*Milord*

# LA TOURNÉ

*Sevilla, mayo de 1930*

Orquesta Bética de Cámara. La incorporación del nuevo trompa ya ha habido sido anunciada, Miguel entra en la sala, se presenta, saluda a la orquesta y se une a la sección de vientos, María le observa y abraza su arpa deslumbrada por su imponente porte.

Se enamoran el primer día, sus miradas se cruzan y saben, en ese mismo instante, que algo extraordinario había sucedido entre ellos.

Primer día de ensayo: ella, ataviada con un vestido cortado al bias de pequeños ramilletes de flores en tonos azules y él, con una camisa blanca de algodón y un holgado pantalón negro con pinzas y vuelta en los bajos. Jornada calurosa y luminosa en Sevilla.

Miguel, gaditano, acaba de llegar de Granada y es una recomendación expresa de Don Manuel de Falla.

El programa: El aprendiz de brujo, una reducción del poema sinfónico para orquesta de cámara de Paul Dukas, gran amigo del compositor en su época parisina.

Serán largas jornadas de ensayos bajo la dirección del maestro Halffter para después estrenar, durante el mes de junio, en Granada.

Don Manuel que se instala en Granada en 1921 impulsa la creación de la orquesta para acercar a Andalucía un repertorio de excelencia con grandes instrumentistas y con programas de altura, su intensa etapa parisina le proporciona su consagración y su mirada internacional.

Don Manuel busca en Granada un lugar para inspirarse, un lugar de paz en el que poder trabajar y un espacio de belleza natural, así, ocupa el Carmen de la Antequeruela, muy cerca de la Alhambra. La casita blanca y azul.

De carácter reservado y de estricta moral y costumbres, el compositor, no duda, sin embargo, en rodearse de un nutrido grupo de intelectuales y artistas y pronto, su Carmen, su casa, su patio, se convierten en lugar de reuniones, conciertos y actividad cultural de la ciudad.

En su patio, sus amigos granadinos, debaten acaloradamente sobre poesía, música, filosofía, historia... los jazmines y las madreselvas envuelven las noches y el agua de las fuentes refresca sus charlas, acompañadas siempre, de vinos olorosos de la tierra y buena música. Su amor por el cante jondo posibilita noches de flamenco antiguo.

Don Manuel no bebe, es abstemio.

Entre ellos, sus invitados, Federico García Lorca, con el que establece una profunda amistad que perdurará siempre. A pesar de la diferencia de caracteres, se adoran, se escuchan, se admiran, se complementan. El de Granada es vital, optimista, extremadamente generoso, de arrolladora personalidad, el gaditano, Don Manuel, hipocondríaco, tímido y perfeccionista, entregado con fervor a su pasión, la música.

Dentro de una semana llega la orquesta a Granada y Don Manuel, ya ha gestionado la celebración del concierto en el Coliseo Olympia con varios meses de antelación. La sala de 1.500 localidades está ya vendida, el programa es un estreno absoluto en España.

Miguel, el trompa, se aloja en casa de Don Manuel, entre los dos existe un vínculo casi familiar. El compositor le tutela desde niño y guía su carrera como instrumentista, la devoción que profesa Miguel a Don Manuel es infinita.

Durante los ensayos en Sevilla, el romance entre los músicos se consolida, sin mediar palabra, sin rozarse. María, casada con un celebre farmacéutico ,se ha formado en Sevilla y es una excelente intérprete de arpa, de modales exquisitos y refinada posición. Miguel, libre de compromiso y con un futuro musical prometedor viene cargado de ilusiones y de entrega.

No se concentran, ninguno de los dos había sentido algo parecido nunca, un torbellino de emociones se había apoderado de ellos y eran plenamente conscientes. La brutalidad del deseo les obligaba a huir al uno del otro.

Noche del estreno. Don Manuel ha ordenado preparar una ligera cena fría en el Carmen de la Antequeruela, invita a sus grandes amigos y a un reducido número de músicos, entre los que se encuentran María y Miguel. A María la conoce desde la creación de la orquesta en Sevilla y siente un gran cariño y una profunda admiración hacia ella, una mujer ilustrada y de una belleza arrebatadora.

El concierto es un éxito y Don Manuel, turbado de emoción, recuerda a Paul, el magnífico compositor francés que le brindó su amistad y protección en París.

Por primera vez Miguel y María se sientan juntos en el cenador de Don Manuel bajo el techo estrellado de Granada, mecidos por los cipreses y los magnolios en flor. Federico les observa con fascinación.

Sus manos se entrelazan y se produce en la noche serena una fuerza electrizante que silencia y paraliza al grupo. No hay marcha atrás, ya nunca jamás se volverán a separar.

Federico acaba de llegar de su estancia en Nueva York y Cuba, pletórico, con los ojos cargados de bellas imágenes, la cabeza mas lúcida que nunca y el corazón abierto de par en par, inspirado, motivado y feliz.

- Miguel, te presto mi Buick, recoge mañana a María en el hotel y llévala a la costa de Granada, este amor tiene que volar. La costa de mi tierra es una gloria, los baños en la playa son terapéuticos y la belleza y la hermosura del mar os va a sanar este amor que os consume -

Miguel, loco de alegría, acepta el ofrecimiento. Granada, dirección Motril. Un viaje que dura casi un día, los enamorados recorren la sinuosa carretera que les llevará a la costa.

El flamante Buick de los Lorca conduce a la arpista y al trompa ante un estimulante paisaje lleno de subidas, bajadas, escarpadas montañas y barrancos. Varias paradas, besos, abrazos, el sol, la luz y a lo lejos, Motril.

Y allí, en Motril, deciden que posiblemente ese no es final del camino y con enérgica decisión, aunque agotados por el viaje, continúan bordeando la costa ya por carriles de tierra

cada vez más difíciles y en un momento preciso el camino desaparece y aparcan su automóvil.

El mar al fondo. Empieza a atardecer y entre tomillo, espliego y romero emprenden un recorrido a pié prácticamente desdibujado, propio mas de cabras de la zona que de caminantes. María parece desfallecer, delicada como una flor, etérea, pero Miguel, corpulento y atlético la recoge en sus brazos hasta llegar a la playa en pleno ocaso. No saben como se llama, alguien les habló en Motril de Cantarriján, un pescador. ¿Es posible que fuera esta?

Sus cuerpos desnudos, sorprendidos por la noche y una luna llena creciente, lucen como la seda suave y el mar en forma de orquesta acuática les acurruca. Sus ropas desperdigadas por la arena, sus sentimientos a flor de piel, la playa con sus dos calas, con su inmenso brillo, un paseo atávico, un baño nocturno, un amor eterno.

Comentan que fueron los primeros nudistas de Cantarriján y que si invocas sus nombres en luna creciente suenan los acordes de El aprendiz de brujo, pero este extremo, no está contrastado.

Federico esta mañana imparte una conferencia sobre su experiencia en Nueva York, Falla le acompaña. El compositor le pregunta al poeta. Federico, ¿tu crees que entre estos dos hay algo? no me convendría que un escándalo afectase a mi orquesta en plena tourné. María es muy querida y respetada en Sevilla...y Miguel es prácticamente un hijo y tan prometedor... El poeta le mira y responde: no te preocupes maestro, no te preocupes.

*El Gato con Botas*

## DESNUDANDO ABRILES

Hola, mi nombre es Dorothea y me apellido Abriles, nací una mañana de abril por allá en el año de no se sabe cuándo; presentarme quiero, para así contarles una pequeña coincidencia, que en abril me fue sucediendo...

Soñando acantilados, al borde de todo aquello anegado de incomprensión, que cortar pretende primaveras. A nacer vinimos para fenecer un día, si ocultamos la estación de pétalos multicolores y de hojas incipientes que conociendo su despertar van, a dónde irán las primaveras a estallar de vida, en un ciclo que parar no puede jamás.

Al borde de una montaña, mi hogar resguarda sueños ocultos, que a veces cuelgo al viento, para que vuelen muy lejos; tal vez encuentren puertos posibles, donde al sol de los atardeceres, dorarse puedan la piel sin complejos.

Desde pequeña se me ha dado lucir un buen traje; a todos les toca uno, adaptarse a los años puede y siempre a la moda le encontraremos; algunos privarle quieren, de su naturalidad tan presente, por eso cubriéndole han ido, de escandalosas protestas.

El Rancho de Dorothea, así he dado por llamar a mi pequeña cabaña, donde cada piedra de sus paredes luce espléndidas texturas, comparables al entorno de la piel que me resguarda. Todas las mañanas, salgo al frente de la colina donde se encuentra mi hogar, llueva o haga sol, respiro un aire de sedosas notas; escucho el mundo avanzando —sin preguntar a nadie— si proceder puede en sus maravillosas andanzas; aquellas que en penurias solo se nos ocurre ver, cuando en realidad teñir de belleza podemos, esta auténtica desnudez, de ser lo que deseemos ser.

Apreciando la libertad de danzar en mis días, al compás que me he propuesto escuchar con frecuencia; deslizo mis pasos sobre la hierba fresca circundante, observo una hormiga despistada que subiendo va por mi pierna y siento su vertiginosa avanzada, de repente, algo le hace sorprenderse en su incauta travesía. El camino quizá no fue el esperado y como una gota en escape fugaz, se desliza por el tobogán en que se convirtió mi pierna para la pequeña hormiga. Observó el precioso color miel de la osada senderista que aventurarse pudo unos momentos

sobre mí, pienso en lo maravilloso que sería ahora mismo, tomar mi mochila y recorrer algún camino no explorado antes, así que decido salir a dar una vuelta; la verdad trabajo desde casa gracias a las facilidades que permite la modernidad y su tecnología, salgo poco, pero es algo que compagina mucho con la comodidad de ir en mi traje de vida, sí, amo ir sin nada que me ate.

Aprovechando la calidez de una primavera que se abre paso en el calendario una vez más, decido buscar un bonito rincón de mar; aunque muchas veces rehúyo de los parajes playeros, por su poca comprensión de aquellos que deseamos ir al natural. No conozco mucho la zona, he venido a vivir recientemente por estos lares, hoy particularmente, no deseo molestar a mi amigo Google Maps, entonces voy por ahí sin rumbo fijo.

Distraída iba –como la pequeña hormiga exploradora de mi pierna– cuando ante mis ojos aparece repentinamente un anuncio: “Cantarriján, Playa Nudista 1.4 Km”, gratamente sorprendida, sin pensarlo dos veces, tomo el desvío y sigo el camino.

Una bajada rodeada de naturaleza invitaba a seguir adentrándose en busca de lo prometido en el cartel de la entrada; el clima de notas salobres, flotando en mis sentidos, un paisaje en su más pura expresión de tranquilidad bordeó toda mi travesía, el canto ineludible de las olas inundó mis oídos y como una brisa que refresca los pensamientos, apareció ante mis ojos, el azul de sus cristalinas aguas desvelaba un tesoro magníficamente arropado por los acantilados a su alrededor.

Transportada hacía un prístino paraíso me encontré, sin pensarlo dos veces me despojé de la poca ropa que llevaba y corrí ansiosa al abrazo de aquel horizonte líquido que se presentaba ante mis ojos. Olvidada por completo de cualquier otra cosa que no fuera los sonidos, aromas, sensaciones, de aquel maravilloso entorno, pasé por alto la presencia de algunas personas de las que luego me percaté al salir del agua.

Agradecida por el abrazo ineludible de un mar que acariciaba mi piel sin barrera alguna, me encontraba palpando el sosiego de las danzantes olas, extasiada por los rayos solares lamiendo la sal directamente de mi piel y embriagados los poros de esa calidez única que sientes al estar desnuda.

Encaminada hacia la orilla, sintiendo la atracción ensordecedora de aquel bonito enclave perteneciente a la naturaleza, noté la presencia de unas cuantas personas que al igual que yo, disfrutaban de este obsequio sin mayores distracciones; lo natural de ir en tu piel sin objeciones, con normalidad y sin escándalos innecesarios.

Al llegar a la orilla no quise alejarme mucho del constante y certero pulso del mar, así que me quedé ahí donde el devenir constante de las olas arrulla la arena. Mecida suavemente por el vaivén de las espumantes olas, me dediqué a contemplar más a fondo aquel onírico lugar.

En uno de los extremos de la playa vi el mar romper sobre una formación rocosa no muy alta, logré apreciar un pasadizo que exaltó inmediatamente mi vena de la curiosidad, de esa manera, acechada por el interés de seguir explorando, dirigí mis pasos a ese estrecho. El mar estaba tranquilo y pasé fácilmente al otro lado de la roca, mi sorpresa fue mayor, al contemplar otra extensión de playa, o, mejor dicho, la continuación de aquel rincón de belleza natural.

Si en el primer tramo de la playa había pocas personas, de ese otro lado no encontré a nadie; animada por el encanto del paraje, fui caminando a lo largo de aquel trayecto mágico de playa, que aún no me terminaba de creer, escuchando los sonidos de las piedrecillas en cada paso bajo mis pies y sintiendo la vida latiendo, integrada totalmente en el ambiente. Repentinamente fui sacada de mi ensoñación por un saludo a mis espaldas, al voltear, me encontré con dos personas muy sonrientes que destacaban al resplandor del sol sobre su piel.

La inesperada compañía se trataba de dos asiduas visitantes del lugar, animada devolví el saludo.

Comenzamos una charla amena, donde entre otras cosas, me contaron sobre este precioso lugar de tradición nudista, sentí un gran alivio de saber que no era algo ocasional, que podría volver allí, sentirme en la tranquilidad absoluta de ir libre de vestimenta, con la normalidad para disfrutar de la naturaleza sin discrepancias.

También quedé gratamente sorprendida al saber de la Asociación de Amigos de la Playa Nudista Cantarriján, de la cual, estas dos personas formaban parte y que por casualidad coincidimos aquel día.

A veces no debes caminar muy lejos para encontrar el sol, a veces no debes nadar mucho para escuchar el canto de las sirenas, a veces las cuestas más empinadas permiten en las bajadas, respirar con alegría el esfuerzo de haber buscado, a veces sin buscar encuentras lo inimaginado; buscar para encontrar, encontrar para compartir y seguir cuidando lo que nos ha sido dado.

He hallado un maravilloso lugar, donde confluyen muchos momentos, alegrías, encuentros, un conglomerado de razones que ahora me unen a muchos otros que respiramos la pasión de vivir, de cuidar y respetar, de unirnos para fortalecer, de considerar la libertad de ser y poder converger en las diferencias.

Porque allá donde el mar se encuentra a diario con la arena, la piel respira libremente y nos enseña, no hay escándalo en las mejillas de quien entiende, la historia de cada uno, escrita va en nuestras pieles.



*Dorothea Abriles*



EL CONTENIDO DE ESTE LIBRETO (INCLUYENDO TEXTOS, LOGOTIPOS, IMÁGENES, DIBUJOS, FOTOGRAFÍAS, ETC., EXCEPTUANDO AQUELLOS LIBRES DE LICENCIAS) ESTÁ SUJETO A LOS DERECHOS SOBRE LA PROPIEDAD INTELECTUAL DE LAS OBRAS ORIGINALES Y PROTEGIDA POR LA LEGISLACIÓN REFERENTE A LOS DERECHOS DE AUTOR.

LOS TITULARES DE LOS MISMOS HAN AUTORIZADO SU INCLUSIÓN PARA PUBLICARSE, ESTANDO TERMINANTEMENTE PROHIBIDA SU DIFUSIÓN PARA CUALQUIER TIPO DE USO COMERCIAL.

LOS SEUDÓNIMOS QUE APARECEN EN CADA UNO DE LOS RELATOS, PERTENECEN A LOS SIGUIENTES AUTORES:

- EL DESCENSO, DE "E": EVA GARCÍA MADUEÑO
- LA DESNUDEZ DEL ALMA, DE "LADY": LORENA MATEO ESCAMILLA
- RESPIRAR, DE "AROS": PEDRO J. PÉREZ GUTIÉRREZ
- DES, DE "PIMPILIPAUXA": ALFREDO HERRERA DE LA PEÑA
- DONDE EL CORAZÓN TE LLEVE, DE "ALMA": AGAR TORO GAMERO
- NACHO PARA LOS ÍNTIMOS, DE "JÚPITER": LUIS MIGUEL MOLINA MERINO
- ANDA JALEO, DE "ESCORPIÓN": JOSÉ SANTIAGO RUANO PÉREZ
- EL COMIENZO, DE "ANTONIO": JUAN JOSÉ MARTOS ARANDA
- CARMEN, DE "PESCADOR": JOSÉ MARÍA PINEDA CAÑETE
- MI PARAÍSO, DE "NO": DAVID SÁNCHEZ CÁRDENAS
- EL MAPA DE MI PIEL, DE "LUZ DE ALBORÁN": ÁNGELA BOTERO DUQUE
- MÁS ALLÁ DEL ADIÓS, DE "ALMA LIBRE": JOSÉ GAMERO RUIZ
- LA NIÑA DE MIS OJOS, DE "IRENE LARRA": PEDRO J. PÉREZ GUTIÉRREZ
- JARTARSE, DE "DE ÁNGEL": JOSÉ LUIS CABALLERO ALEGRE
- EL EMBRUJO EN EL PECHO, DE "AITANA": MANUEL PEÑA PASTRANA
- NUNCA SE HABÍA SENTIDO TAN FELIZ, DE "MILORD": MANUEL MOYA SÁNCHEZ
- LA TOURNÉ, DE "EL GATO CON BOTAS": FRANCISCO JOSÉ GARCÍA MARTÍNEZ
- DESNUDANDO ABRILES, DE "DOROTHEA ABRILES": LILIAN JEANETH ANTOLÍNEZ SALINAS



[WWW.CANTARRIJAN.COM](http://WWW.CANTARRIJAN.COM)